ΣΟΦΊΑ

Revista Teosófica

Satyat nâsti pâro dharmah.

NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

La Sociedad Teosófica no es responsable de las opiniones emitidas en los artículos de esta Revista, siéndolo de cada artículo el firmante, y de los no firmados la Dirección.

D. FLORENCIO POL

UN BIENHECHOR DE LA HUMANIDAD

El 3 del corriente mes partió á esferas superiores esta gran figura, representación de una vida dedicada exclusivamente al bien de sus semejantes, modelo de abnegación y desinterés y de todas las virtudes que hoy constituyen la más alta expresión de la moral humana de nuestra época. Grande, inmenso es el vacío que deja en nuestras filas teosofista tan eminente, campeón de tanta valía de las enseñanzas teosóficas, cuyas altas dotes espirituales hacían que las masas le veneraran como á un santo (lo que no es de extrañar si se tiene en cuenta que muchos han sido canonizados con menos méritos), atribuyéndole poderes maravillosos, y que á todos en general, hasta á los más escépticos y burlones, infundieran admiración y respeto profundo. Pero si grande ha sido la pérdida que la Sociedad Teosófica ha experimentado, más grande aún, si cabe, es el vacío que deja entre los millares y millares de enfermos y desvalidos de quienes siempre fué el consuelo, y el amparo de esos otros enfermos, por regla general desahuciados y que á él acudían en esperanza suprema que las más de las veces no era defraudada. Durante más de cuarenta y cinco años estuvo dedicado, con una abnegación y constancia sin ejemplo, á la curación por medio del

magnetismo, y aun cuando semejante método terapéutico no ha sido aún admitido por la ciencia oficial, los hechos hablaban de tal contundente modo y se repetían con tanta frecuencia los casos de sus curas maravillosas, que finalmente, no sólo había médicos que le enviaban aquellos enfermos con quienes habían agotado los recursos de su ciencia, sino que bastantes médicos acudieron á él como clientes; y como tales, también contaba con no pocos sacerdotes, sus rivales de otro género, si bien rendidos ante la evidencia de sus virtudes y de sus hechos. Y rasgo de ese desinterés, de esa abnegación y amor á la humanidad desvalida, que constituía la principal característica de su ser y que, confundiendo así á los más descreídos materialistas, como á los más encarnizados enemigos de las doctrinas que tan abierta y valerosamente proclamaba, les infundía la admiración y respeto más profundos, ha sido que jamás admitió, ni aun de los más ricos, no ya retribución alguna, pero ni tan siquiera el obsequio más insignificante, llegando su austera intransigencia en este punto á tal extremo, que consideraba grave ofensa la más leve insistencia de parte de los agradecidos. Pobre era; pudo acumular millones, aceptando la simple ofrenda del agradecimiento, pero pobre murió. Varios casos se dieron en que enfermos ricos, que habían gastado fortunas buscando inútilmente la salud en los más afamados centros de la ciencia médica de Europa y que la recobraron de sus manos, trataron de satisfacer los impulsos de una noble gratitud de un modo indirecto y oculto; pero tan prevenido estaba él siempre contra toda tentativa de este género, y tanta experiencia había adquirido en esta lucha singularísima del Desinterés defendiéndose de la Gratitud, que las más ingeniosas combinaciones fracasaron siempre. En cambio, desprendido y generoso como el que más, su pobre bolsa siempre estaba abierta para los necesitados, por lo que, pudiendo haber vivido en una modesta holgura, vivió en la estrechez. Pero no sólo curaba el cuerpo; era también médico del alma, abundando los enfermos morales que le venían á pedir consuelo para sus aflicciones y consejos para sus conflictos. No hemos conocido personalmente á nadie que rindiese un culto tan sincero y fervoroso al Desinterés, al Bien por el Bien mismo; no hemos conocido á nadie que fuese tan completo caballero y que como él poseyera una delicadeza y educación innatas tan exquisitas, que hubiera podido envidiarle la dama más aristocrática y refinada, unidas á los sentimientos más elevados y á un carácter en el que se encontraban en tan estrecho como armónico consorcio la dulzura que se atribuye á los ángeles, la entereza más varonil y la modestia rayana en la humildad. Y, sin embargo, era

un hombre de genio fuertísimo, pero que llegó á dominar con férrea voluntad, salvo cuando trataba con la injusticia y la maldad, en cuyo caso solía perder, como suele decirse, los estribos; y como jamás conoció lo que es el miedo y poseyó en un tiempo fuerzas hercúleas, de esas fuerzas que pueden matar á un hombre con un simple abrazo, los bandidos más feroces temblaban ante él, llegando al terror supersticioso.

Era un teosofista innato, por lo que, desde que columbró esta filosofía, se encontró que era la encarnación de sus ideas y sentimientos más íntimos. Antes de conocer la Teosofía, su naturaleza esencialmente mística, cuando su razón ya no pudo encontrar alimento alguno en la leche infantil del exotericismo de las religiones, le hizo buscar con afán la verdad en la misma Biblia, en la que llegó á ser tan versado que varias veces retó privada y públicamente á los tenidos por sabios teólogos, tanto católicos como protestantes, para la demostración del espíritu de esa Escritura, en la cual encontraba él comprobadas las enseñanzas fundamentales transcendentes que constituían su credo. A la Rama de la S. T. de Madrid regaló un valiosísimo trabajo bíblico, que no ha podido aún publicarse, por ser un compendio que sólo los muy versados en tal Escritura podrían comprender, y que, por tanto, necesita un gran trabajo comentarista para hacerlo inteligible y de interés para el público en general; trabajo que quizá se lleve á efecto algún día. Publicó además varios folletos, como el «Secreto Redentor según Roma Redimida», «Inexistencia de la Materia» y otros cuyos títulos no recordamos, todos de estilo bíblico, que nuestros lectores conocerán. Finalmente, como propagandista de las doctrinas teosóficas, enseñaba y convencía, más que con la palabra con el ejemplo, más con la práctica que con la teoría, por ser aquél más contundente y persuasivo que todos los discursos, siendo por esta razón venerado por todos sus discípulos que veían en él un ser superior; y lo es realmente quien, en una época donde imperan el egoismo y el más grosero positivismo, supo siempre mantenerse como prototipo del desinterés y de la abnegación.

Podría escribirse un grueso volumen con el relato de las aventuras y hechos sorprendentes que llenaron la vida de este queridísimo amigo y hermano cuya ausencia corporal de entre nosotros tanto nos apena hoy; hemos pasado meses enteros oyéndole diariamente sus amenísimos relatos, que á menudo nos suspendían el ánimo por su dramático interés, deleitándonos siempre, pues era un *conteur* admirable, pero la falta de tiempo nos impide hoy presentar por medio de algunos de estos hechos y aventuras suyas otros aspectos de su carácter actualmente

poco conocidos, pero todos ellos propios para infundir el cariño, el respeto y la admiración.

En resumen, en su modesta esfera fué un Bienhechor de la Humanidad, título que sólo pueden y deben alcanzar los que, como él, dedican su vida entera y todas las potencias de su alma al bien de sus semejantes, exclusivamente por amor; tal fué el teosofista D. Florencio Pol, cuyo retrato publicamos en estas páginas.

José Melián.

EL CRISTIANISMO ESOTÉRICO Ó LOS MISTERIOS MENORES

POR ANNIE BESANT

CAPÍTULO III

El lado oculto del Cristianismo

(Terminación).

(b) El testimonio de la Iglesia

Algunos, quizá, admitirán sin dificultad que los Apóstoles y sus sucesores inmediatos tenían de las cosas espirituales un conocimiento más profundo que el corriente entre la masa de fieles que les rodeaban; pero serán pocos, probablemente, los que estén dispuestos á dar un paso más y á abandonar el círculo encantado, aceptando los Misterios de la Iglesia primitiva como el depósito de su sagrado saber. Sin embargo, hemos visto á San Pablo cuidando de la transmisión de la enseñanza no escrita, é iniciando á San Timoteo y dándole instrucciones para que á su vez iniciase á otros que debían oportunamente transferirla para que pasase de mano en mano. Consta, pues, la provisión de cuatro generaciones sucesivas de maestros, mencionados en las Escrituras mismas, las cuales generaciones sobrevivieron con mucho á los escritores de la Iglesia primitiva que dan testimonio de la existencia de los Misterios; pues de ellos los hay, discípulos de los mismos Apóstoles, si bien las declaraciones más terminantes son las de aquellos que se hallan separados de los Apóstoles por un escalón intermedio. Ahora bien; cuando estudiamos los escritos de la Iglesia primitiva, nos encontramos con alusiones

que sólo son inteligibles, admitiendo la existencia de los Misterios, y más adelante hallamos declaraciones de que los Misterios existían. Esto debía esperarse, teniendo en cuenta el punto en que el Nuevo Testamento deja la cuestión; pero siempre es satisfactorio ver que los hechos responden á la previsión.

Los primeros testigos son los llamados Padres apostólicos, discípulos de los Apóstoles; pero quedan muy pocas obras suyas, y aun éstas discutidas. No habiendo sido escritas con el carácter de controversia, sus declaraciones no son tan categóricas como las de los escritos posteriores. Sus cartas tienen por objeto animar á los creyentes. Policarpo, obispo de Esmirna, y discípulo, lo mismo que Ignacio, de San Juan (1), manifiesta confianza en que las personas á quienes se dirige estén «bien versadas en las Sagradas Escrituras y en que nada os sea oculto» (2)—escribe, á lo que parece, antes de obtener la iniciación completa. Barnabas habla de comunicar «alguna parte de lo que yo mismo he recibido» (3), y después de exponer la interpretación mística de la Ley, declara que «nosotros, pues, entendiendo rectamente Sus mandamientos, los explicamos como el Señor quería» (4). Ignacio, obispo de Antioquía y discípulo de San Juan (5), dice de sí mismo que «todavía no era perfecto en Jesucristo, pues comienzo ahora á ser discípulo y os hablo como á mis condiscípulos» (6), y se refiere á ellos como «iniciados en los misterios del Evangelio por Pablo, el santo, el mártir» (7). También dice: «¿No podría yo escribiros cosas más llenas de misterios? Temo hacerlo, sin embargo, porque quizá os causara un daño, pues no sois más que niños. Perdonadme en este particular, no sea que, siendo incapaces de soportar tan pesada carga, seais aplastados por ella. Yo mismo, aunque ligado (por Cristo) y capaz de comprender cosas del cielo, las jerarquías angélicas y las diferentes clases de ángeles y huestes, la diferencia entre poderes y dominios y las variedades de tronos y autoridades, el poder de los æones, la preeminencia de querubines y serafines, la sublimidad del Espíritu, el reino del Señor, y sobre todo la incomparable majestad del Dios Omnipotente, aunque estoy versado en estas cosas, sin embargo, estoy muy lejos de ser perfecto y de ser un discípulo como Pablo ó Pedro» (8). Este pasaje es interesante, porque

---

(1) Vol. I, *El Martirio de San Ignacio*, cap. III.

Las traducciones tenidas á la vista son las de la Biblioteca Ante Nicena de Clarke, compendio utilísimo de la antigüedad cristiana. El número del volumen que aparece en primer término en las citas, es el número del volumen de esa serie.

(2) *Ibid*, *Epístola de Policarpo*, cap. XII.

(3) *Ibid*, *Epístola de Barnabas*, cap. I.

(4) *Ibid*, cap. X.

(5) *Ibid*, *El Martirio de Ignacio*, cap. I.

(6) *Ibid*, *Epístola de Ignacio á los Efesios*, cap. III.

(7) *Ibid*, cap. XII.

(8) *Ibid*, *á los Tralianos*, cap. V.

demuestra que la organización de las jerarquías celestiales era uno de los asuntos que se enseñaban en los Misterios. Además habla del Sumo Sacerdote, el Hierofante, «que es el encargado del *sancta sanctorum* y el único á quien se han confiado los secretos de Dios» (1).

Nos encontramos en seguida con San Clemente de Alejandría y con su discípulo Orígenes, los dos escritores de los siglos II y III, que dicen más acerca de los misterios de la Iglesia primitiva. Aunque la atmósfera general está llena de alusiones místicas, estos dos son claros y categóricos en sus declaraciones de que los Misterios eran una institución reconocida.

Ahora bien; San Clemente que era discípulo de Panteno, habla de éste y de otros dos, que, según se ha dicho, eran probablemente Taciano y Teodoto, como «guardianes de la tradición de la bendita doctrina emanada directamente de los Santos Apóstoles Pedro, Santiago, Juan y Pablo» (2); mediando, por tanto, sólo un eslabón entre él y los Apóstoles. El fué el jefe de la Escuela catequística de Alejandría en el año 189 de nuestra Era y murió en 220. Orígenes, discípulo suyo, nació en 185, y fué quizá el más sabio de los Padres, y un hombre de la más rara belleza moral. Estos son los testigos de quienes hemos recibido las declaraciones más importantes acerca de la existencia de Misterios definidos en la Iglesia primitiva.

La *Stromata* ó Misceláneas de San Clemente constituye la fuente de nuestra información acerca de los Misterios en su tiempo. El mismo habla de estos escritos como de una «miscelánea de notas gnósticas con arreglo á la verdadera filosofía» (3); y también los califica de memorandum de las enseñanzas que él mismo había recibido de Panteno. El pasaje es instructivo: «El Señor... nos permitió comunicar sus Misterios divinos, y esa santa luz á aquellos que pueden recibirlos. El no descubrió, ciertamente, á los muchos lo que á los muchos no pertenecía, sino á los pocos, á quienes él sabía que pertenecían, los que eran capaces de recibirlos y de amoldarse á ellos. Pero las cosas secretas se confían á la palabra, no á la escritura, como sucede con Dios. Y si alguno dice (4) que está escrito que «nada hay secreto que no deba ser revelado, ni nada oculto que no deba ser descubierto», que sepa también de nosotros que el que oye en secreto, hasta lo secreto le será manifestado. Esto es lo predicho por tal oráculo. Y para aquel que es capaz de observar en secreto lo que se le da, será descubierto como verdad lo que está velado, y lo que está oculto á los muchos aparecerá manifiesto á los pocos... Los Misterios se revelan místicamente; lo que se habla puede estar en la boca del que habla; pero más bien que en su voz, en su intención... Estas memorias mías son deficientes cuando se las compara con aquel

(1) *Ibid*, *á los Filadelfos*, cap. IX.

(2) Vol. IV, Clemente de Alejandría, *Stromata*, lib. I, cap. I.

(3) Vol. IV *Stromata*, lib. I, cap. XXVIII.

(4) ¡Parece que aun en aquellos tiempos había quienes hiciesen objeciones á la enseñanza secreta de ciertas verdades!

espíritu lleno de gracia que tuve el privilegio de escuchar. Pero serán una imagen para representar el arquetipo en la mente de aquel que haya sido tocado con el Tirso.» Será oportuno explicar aquí que el Tirso era la vara que llevaban los Iniciados, con la cual tocaban á los candidatos durante la ceremonia de la Iniciación. Tenía un significado místico que simbolizaba la médula espinal y la glándula pineal en los Misterios Menores, y una Vara, conocida de los Ocultistas en los Mayores. Por tanto, el decir «aquel que fué tocado con el Tirso», era exactamente lo mismo que decir «aquel que fué iniciado en los Misterios». Clemente prosigue: «Nosotros declaramos que no hacemos la explicación completa de las cosas secretas; lejos de esto, sólo suscitamos la memoria de ellas, ya sea porque hemos olvidado algo, ya sea que nos propongamos evitar que se olviden. Yo bien sé que muchas cosas se nos han borrado con el transcurso del tiempo, se nos han desvanecido por no estar escritas... Hay, pues, algunas cosas de que no hacemos memoria; ¡el poder de que estaban dotados los hombres benditos era tan grande!» Este es un caso frecuente entre aquellos que son enseñados por los grandes Seres, porque Su presencia estimula y pone en actividad poderes que están normalmente latentes y que el discípulo no puede despertar si no es ayudado. «Hay también algunas cosas que, habiendo estado largo tiempo desatendidas, al fin han desaparecido; otras se borran desvaneciéndose por completo de la mente, por no ser tarea fácil para los inexpertos el retenerlas: éstas las hago revivir en mis comentarios. Algunas cosas omito deliberadamente, haciendo uso de una prudente selección, pues temo escribir lo que me guardo de hablar, no por falta de buena voluntad — lo cual sería culpable — sino por miedo de que mis lectores tropiecen, interpretándolas en sentido erróneo; esto equivaldría, como dice el proverbio, 'á entregar una espada á un niño'. Es imposible que lo escrito deje de llegar á manos de alguien, aunque yo no lo publique. Y por más vueltas que se dé á la única voz de la escritura, nada responderá ésta al que le pregunte más allá de lo escrito; pues se requiere necesariamente la ayuda de alguno, bien sea del que escribió ó de otro que haya seguido sus pasos. Algunas cosas apuntará mi escrito; en otras se extenderá; otras apenas serán mencionadas. Hablará imperceptiblemente, mostrará en secreto y demostrará en silencio» (1).

Este pasaje sólo basta para demostrar la existencia de una enseñanza secreta en la Iglesia primitiva. Pero no es el único que encontramos. En el capítulo XII de este mismo Libro I, titulado «Los Misterios de la Fe no son para todos», Clemente declara que pues otros además de los sabios pueden leer su obra, «es forzoso encerrar en un Misterio la sabiduría hablada que enseñó el Hijo de Dios». Se requería lengua purificada en el que hablaba, oídos purificados en el que oía. «Tales eran los obstáculos en el camino de mi escrito. Y aun ahora temo, como vulgarmente se dice, 'echar margaritas á puercos', para que las pisoteen y se vuelvan contra nosotros y nos destru-

---

(1) *Ibid*, lib. I, cap. I.

yan. Porque es difícil poner de manifiesto las palabras realmente puras y transparentes que se refieren á la verdadera luz á oyentes groseros y sin instrucción. Apenas podría encontrarse cosa más risible que ésta para las muchedumbres; así como, por el contrario, nada más admirable é inspirador podría hallarse para las naturalezas nobles. Los sabios no profieren con su boca lo que razonan en consejo. 'Lo que recibáis al oído—dijo el Señor—proclamadlo en las casas', ordenando así adquirir las tradiciones secretas del verdadero conocimiento y explicarlas clara y terminantemente; y conforme se las reciba al oído, transmitirlas á quien es debido. Mas no nos ordena comunicar á todos sin distinción el sentido de lo que se les dice en parábolas. Por tanto, sólo consigno en las memorias un bosquejo que contiene la verdad muy esparcida, para que pueda escapar de la penetración de aquellos que recogen las semillas como los grajos; mas si tropiezan con un buen cultivador, cada una de ellas germinará y producirá grano.»

Clemente pudo haber añadido que «proclamar en las casas» significaba proclamar ó explicar en la asamblea de los Perfectos, de los Iniciados, y en modo alguno predicar en alta voz á la multitud en las calles.

En otra parte dice que los que «todavía son ciegos y mudos y no tienen entendimiento, ni la visión penetrante y serena del alma contemplativa... deben permanecer fuera del coro divino... Por lo cual, conforme al método de ocultación, la Palabra realmente sagrada y divina, la más necesaria para nosotros, guardada en la urna de la verdad, se señalaba por los egipcios en lo que ellos llamaban el *adyta* y por los hebreos en el velo. Sólo á los consagrados... les era dado penetrar allí. Platón también consideró ilícito que 'los impuros tocasen lo puro'. De aquí que las profecías y oráculos se expongan en enigmas, y que los Misterios no sean manifestados libremente á todos sin distinción, sino sólo después de ciertas purificaciones é instrucciones previas» (1). Después discurre largamente sobre los símbolos, explicando los pitagóricos, los hebreos y los egipcios (2), y luego observa que el hombre ignorante y sin instrucción no los comprende. «Pero los gnósticos los entienden. Por tanto, no conviene que todas las cosas sean expuestas sin discreción á todos indistintamente, ni que los beneficios de la sabiduría sean comunicados á los que ni aun en sueños han sido purificados en el alma (pues no es permitido transmitir al primero que llega lo que se ha adquirido con tan penosos esfuerzos); ni son los Misterios de la Palabra para entregados al profano.» Los pitagóricos, Platón, Zenón y Aristóteles tenían enseñanzas exotéricas y esotéricas. Los filósofos establecieron los Misterios, pues «¿no era más beneficioso para la santa y bendita contemplación de las verdades el que permaneciesen ocultas?» (3). Los Apóstoles también aprobaban el «que se velasen los Misterios de la Fe», «pues hay una ins-

(1) *Ibid*, lib. V, cap. IV.
(2) *Ibid*, cap. V-VIII.
(3) *Ibid*, cap. IX.

trucción para los perfectos», aludida en la Epístola á los Colosenses, I, 9-11 y 25-27. «Así, pues, de una parte están los Misterios que permanecieron ocultos hasta el tiempo de los Apóstoles, y que fueron transmitidos por ellos conforme los recibieron del Señor, los cuales, velados en el Antiguo Testamento, fueron manifestados á los santos. Y de otra parte están 'las riquezas de la gloria del misterio en los gentiles', que es fe y esperanza en Cristo; á lo que él llamó en otro lugar el 'cimiento'.» Cita á San Pablo para demostrar que este «conocimiento no pertenece á todos», y dice, refiriéndose á la Epístola á los Heb , V y VI, que «había ciertamente entre los hebreos algunas cosas reveladas que no estaban escritas»; y luego se refiere á San Barnabas, quien dice de Dios «que ha puesto en nuestros corazones la sabiduría y el entendimiento de Sus secretos», y añade que «á pocos es dado el comprender estas cosas», mostrando así un «rasgo de la tradición gnóstica». «Por lo que la instrucción que revela las cosas ocultas es llamada iluminación; pues solamente el maestro levanta la tapa del arca» (1). Más adelante, refiriéndose á San Pablo, comenta su observación á los romanos de que él «llegará con abundancia de la bendición de Cristo» (2), y añade que así designa él «el don espiritual y la interpretación gnóstica, y que mientras tanto, desea participarles de presente 'la plenitud de Cristo según la revelación del Misterio sellado desde tiempos eternos y ahora manifestado por las Escrituras proféticas' (3)... Pero sólo á pocos de ellos es mostrado lo que son esas cosas contenidas en los Misterios. Con razón, pues, dice Platón en las epístolas, tratando de Dios: 'Nosotros estamos obligados á hablar en enigmas, á fin de que, si la tableta viene á caer por cualquier accidente marítimo ó terrestre en poder de alguno, permanezca ignorante el que la lea'» (4).

Después de un maduro examen de los escritores griegos y de una detenida investigación filosófica, declara San Clemente que la Gnosis «comunicada y revelada por el Hijo de Dios, es sabiduría... Y la Gnosis misma es lo que, de unos en otros, ha llegado hasta unos pocos, habiéndola transmitido los Apóstoles, sin consignarla en escritura alguna» (5). Hace San Clemente una extensa relación de la vida del Gnóstico, el Iniciado, y termina diciendo: «Basta lo dicho para los que tienen oídos; pues no es necesario descubrir el misterio, sino sólo indicar lo suficiente para que lo perciban aquellos que participan del conocimiento» (6).

Considerando San Clemente la Escritura formada de alegorías y de símbolos para que permanezca oculto su sentido, á fin de estimular la investi-

(1) *Ibid*, lib. V, cap. X.

(2) Loc. cit. XV, 29.

(3) *Ibid*, XVI, 25 y 26. La versión citada difiere en las palabras, pero no en el significado, de la versión inglesa autorizada.

(4) *Stromata*, lib. V, cap. X.

(5) *Ibid*, lib. VI, cap. VII

(6) *Ibid*, lib. VII, cap. XIV.

gación y de preservar al ignorante del peligro (1), limita la instrucción superior á los sabios, como era natural. «Nuestros gnósticos deben ser profundamente instruídos» (2) dice. «Ahora bien, los gnósticos deben ser eruditos» (3). Los que habían adquirido aptitud por una educación previa, podían penetrar el conocimiento más profundo; pues, aunque «un hombre puede ser creyente sin instrucción, así también afirmamos que es imposible que un hombre sin instrucción pueda comprender las cosas que se declaran en la fe» (4). «Algunos que se consideran naturalmente dotados, no quieren aprender ni la filosofía ni la lógica, y aun más, ni siquiera la ciencia natural. Piden solamente la fe desnuda... Así también llamo verdaderamente instruído á aquel que todo lo somete á la piedra de toque de la verdad, de suerte que extrayendo lo que hay utilizable en la geometría, en la música, en la gramática y en la misma filosofía, pone su fe á cubierto de todo género de asaltos... ¡Cuán necesario es para el que desea participar del poder de Dios tratar los asuntos intelectuales filosóficamente!» (5). «El gnóstico se aprovecha de las ramas del saber como ejercicios auxiliares preparatorios» (6). ¡Tan lejos estaba San Clemente de pensar que la enseñanza del cristianismo podía ajustarse á la ignorancia de las gentes que carecían de instrucción! «El que esté versado en todo linaje de sabiduría será preeminentemente un gnóstico» (7). Así, al paso que daba la bienvenida al ignorante y al pecador, y encontraba en el Evangelio lo que respondía á sus necesidades, consideraba que sólo los instruídos y los puros eran candidatos apropósito para los Misterios. «El Apóstol llama á la fe común el cimiento y algunas veces la *leche* (8), distinguiéndola así de la perfección gnóstica; sobre ese cimiento debía construirse el edificio de la Gnosis, y al alimento de los niños debía seguir el de los hombres». No había dureza ni desprecio alguno en la distinción que hacía, sólo sí el reconocimiento sabio y reposado de los hechos.

Aun el candidato bien preparado, el discípulo instruído y educado, podía únicamente alimentar esperanzas de avanzar paso á paso en las profundas verdades reveladas en los Misterios. Esto aparece claramente en sus comentarios sobre la visión de Hermes, en los cuales hace asimismo algunas alusiones sobre los métodos para leer las obras ocultas. «¿No dió también el Poder que apareció á Hermes en la Visión, en la forma de la Iglesia, el libro que ella deseaba hacer conocer á los elegidos para que se transcribiese? Y, según él dice, lo transcribió á la letra, sin encontrar el modo de completar

(1) *Ibid*, lib. VI, cap. XV.
(2) *Ibid*, lib. VI. X.
(3) *Ibid*, ib. VI.
(4) *Ibid*, lib. I, cap. VI.
(5) *Ibid*, cap. IX.
(6) *Ibid*, lib. VI, cap. X.
(7) *Ibid*, lib. I, cap. XIII.
(8) Vol. XII, *Stromata*, lib. V, cap. IV.

las sílabas. Lo que significaba que la Escritura es clara para todos, leída en su sentido vulgar, y que ésta es la fe que ocupa el lugar de los rudimentos. De aquí también que la expresión figurada se emplee 'leyendo conforme á la letra', al paso que, según sabemos, la expresión gnóstica de las Escrituras, cuando la fe ha alcanzado una situación avanzada, se halla en la lectura con arreglo á las sílabas... Ahora bien; que el Salvador enseñó á los Apóstoles la interpretación no escrita de lo escrito (las escrituras) es cosa que también se nos ha transmitido, impreso por el poder de Dios en corazones nuevos, conforme á la renovación del libro. Así, los griegos de mayor reputación dedican el fruto del granado á Hermes, de quien dicen ellos que es lenguaje, por razón de interpretarlo, pues el lenguaje encubre mucho..... Por tanto, no sólo es tan difícil adquirir la verdad á los que leen sencillamente, sino que, según demuestra la historia de Moisés, aun á los que tienen la prerrogativa de su conocimiento, no les es concedido el contemplarla inmediatamente. Hasta que nos acostumbremos á fijar la mirada, como los hebreos en la gloria de Moisés, y como los profetas de Israel en la visión de los Angeles, no seremos nosotros capaces de mirar frente á frente los esplendores de la verdad» (1).

Podríamos hacer mayor número de citas, pero bastan las consignadas para dejar establecido el hecho de que San Clemente conocía los Misterios de la Iglesia, habiendo sido iniciado en ellos, y que escribió para instruir á los que, á su vez, fueron iniciados en los mismos.

El siguiente testigo es su discípulo Orígenes, aquella luz, resplandeciente entre todas, por su sabiduría, su valor, su santidad, su devoción, su mansedumbre y su celo, cuyas obras siguen siendo minas de oro de donde el estudiante puede extraer tesoros de conocimiento.

En su famosa controversia con Celso, los ataques dirigidos al Cristianismo le impulsaron á defender la posición cristiana con frecuentes referencias á las enseñanzas secretas (2).

Había aducido Celso, como punto de ataque, que el Cristianismo era un sistema secreto, y Orígenes refuta esto diciendo que, si bien ciertas doctrinas eran secretas, muchas otras eran públicas, y que este sistema de enseñanzas, exotérico y esotérico á la vez, adoptado por el Cristianismo, era también de uso general entre los filósofos. El lector debe observar en el pasaje que sigue, la diferencia entre la resurrección de Jesús, considerada desde el punto de vista histórico, y el «misterio de la resurrección».

«Además, puesto que él (Celso) llama frecuentemente á la doctrina cristiana un sistema secreto (de creencias), debemos impugnar este punto también, pues casi todo el mundo está más versado en lo que predican los cristianos que en las opiniones favoritas de los filósofos. Porque, ¿quién ignora

(1) *Ibid*, lib. VI, cap. XV.

(2) El libro I, *Against Celsus*, se encuentra en el vol. X de la Biblioteca Ante Nicena. Los libros restantes están en el vol. XXIII.

la declaración de que Jesús nació de una virgen, y que fué crucificado, y que su resurrección es un artículo de fe para muchos, y que se anuncia la celebración de un juicio general, en el cual los malos serán castigados conforme lo merezcan y los buenos serán debidamente recompensados? Y, sin embargo, el Misterio de la resurrección, no siendo comprendido, se convierte por los incrédulos en objeto de ludibrio. En tales circunstancias, el hablar de la doctrina cristiana como un sistema *secreto*, es del todo absurdo. Mas el que deba haber ciertas doctrinas, no dadas á conocer á la multitud, las cuales son (reveladas) después de enseñadas las exotéricas, no es cosa peculiar del Cristianismo solo, sino que corresponde también á los sistemas filosóficos, en donde unas verdades son exotéricas y otras esotéricas. Algunos de los oyentes de Pitágoras se contentaban con su *ipse dixit*, mientras que á otros se enseñaba en secreto aquellas doctrinas que no se consideraban propias para comunicadas á oídos profanos y no preparados. Por otra parte, aunque mantenidos en el secreto los Misterios celebrados en toda la Grecia y en los países bárbaros, no han sufrido por ello descrédito alguno; así, pues en vano trata él de calumniar las doctrinas secretas del Cristianismo, puesto que no comprende exactamente su naturaleza» (1).

(Se continuará).

LA LITERATURA SANSKRITA

SEGUN SCHOPENHAUER (2)

. . . .

II. Cuando pienso lo difícil que es llegar, con ayuda de los mejores profesores, educados cuidadosamente para ello y de los más excelentes medios filológicos producidos en el transcurso de los siglos, á una comprensión verdaderamente exacta, correcta y viva de los autores griegos y latinos, cuyos idiomas son los de nuestros antepasados en Europa y madres de lenguas aún vivas, y que el sanskrito en cambio es un lenguaje hablado hace miles de años en la India y que los medios para aprenderlo son aún relativamente muy imperfectos, y cuando añado á esto la

(1) Vol. X, *Origen Against Celsus*, lib. I, cap. VII.

(2) De la traducción española del Sr. García de Luna, hecha para el tomo *Metafísica de lo Bello y Estética*, etc., de la *Biblioteca de filosofía y Sociología*, que publica el editor Rodríguez Serra (Flor Baja, 9, Madrid).

impresión que me causan las traducciones del sanskrito de sabios europeos—poniendo á un lado muy pocas excepciones—me asalta la sospecha de que nuestros eruditos en sanskrito no deben entender sus textos tal vez mucho mejor que los estudiantes de segundo año de griego los suyos, pero que, sin embargo, como no son muchachos, sino hombres de conocimientos y comprensión, componen aproximadamente de lo que entienden en el sentido completo, con lo cual, naturalmente, deben mezclarse varias cosas *ex ingenio*. Mucho peor están las cosas con el chino de los sinólogos europeos, que con frecuencia andan completamente á tientas; adquiriéndose la convicción de esto cuando se ve cómo hasta los más profundos de entre ellos se corrigen mutuamente y se demuestran errores colosales unos á otros. Ejemplos de esta clase se hallan en el *Foe-Kue-ki* de *Abel Remusat.*

Si considero, por otra parte, que el sultán *Mohammed Daraschakoh,* hermano de Aureng Zeb, nacido y educado en la India, y que era además instruído, pensador y amigo de saber, es decir, que podía entender el sanskrito próximamente tan bien como nosotros el latín, y que además tenía como colaboradores un número de los más eruditos *pundits*, me da esto ya anticipadamente una alta idea de su traducción de los Upanischades del veda al persa. Si veo, además, con qué profundo respeto, proporcionado al asunto, trató Anquetil du Perron esta traducción persa, vertiendo palabra por palabra al latín, manteniendo la sintáxis persa exactamente, á despecho de la gramática latina y dejando tal como estaban las palabras sanskritas, tomadas por el sultán sin traducirlas para aclararlas solamente en el glosario, leo esta traducción con la mayor confianza, que recibe pronto su agradable confirmación. Porque ¡cómo respira todo el Oupnekhat, el Espíritu Santo de los vedas! ¡Cómo el que se ha familiarizado, mediante asidua lectura, con aquel latín persa de aquel libro incomparable, queda conmovido en lo más íntimo por aquel espíritu! ¡Cómo está cada línea llena de firme, determinada y armónica significación! Y desde cada página salen á nuestro encuentro pensamientos profundos, primitivos y excelsos, mientras flota sobre el conjunto un elevado y santo espíritu. Todo respira aquí aire indio y existencia primitiva y natural. Y ¡oh, cómo se purifica aquí el espíritu de todas las supersticiones judías, inoculadas en temprana edad, y de toda esta filosofía chabacana! Es la lectura que más recompensa y más eleva, que

(exceptuando el texto original) sea posible en el mundo; ha sido el consuelo de mi vida y será el de mi muerte. Respecto á ciertas sospechas expuestas sobre la autenticidad del Oupnekhat, remito á la nota pág. 271 (2.ª ed., pág. 268) de mi Etica.

Si comparo con ésta las traducciones europeas de textos indios sagrados ó de filosofía india, me causan (con poquísimas excepciones, como, por ejemplo, el Bhagawat Gita de Schlegel y algunos pasajes en las traducciones de los Vedas de Colebrocke) efecto contrario; presentan períodos cuyo sentido es general, abstracto, frecuentemente ambiguo é indeterminado, y cuya conexión es endeble; obtengo puros esbozos de los pensamientos del texto primitivo, con rellenos, en los que noto lo extraño; también aparecen contradicciones entre ello; todo es moderno, vacío, insípido, trivial, pobre de sentido y occidental; está europeizado, angloeizado y (lo que es peor) obscurecido y anublado por el alemán, es decir, presentando, en vez de un sentido claro y fijo, sólo palabras, pero palabras altisonantes; así, por ejemplo, también la más moderna de Roër en la *Biblioteca Indica*, *núm. 41, Calcutta 1853*, en la que se reconoce también al alemán, que está acostumbrado á escribir períodos en los que deja á otros el trabajo de pensar algo claro y fijo. Con demasiada frecuencia se nota en ellos algo del *foetor Judaicus*. Todo esto debilita mi confianza en tales traducciones, y además, si pienso que los traductores hacen sus estudios para ganarse el sustento, mientras que el noble Anquetil du Perron no buscó en ello su provecho, sino que fué impulsado á ello por puro amor á la ciencia y al conocimiento, y que el sultán Daraschakoh recibió como recompensa y honorario la muerte que le dió su imperial hermano Aureng-Zeb... *ad mejoren Dei gloriam,* estoy firmemente convencido de que un verdadero conocimiento de los Upanischades, y por consiguiente, de la verdadera y esotérica dogmática de los Vedas, no se puede adquirir hasta el presente más que por medio del Oupnekhat; se pueden haber leído las demás traducciones y no se tiene una idea de la cuestión. También parece que el sultán Daraschakoh ha tenido á la vista mejores y más completos manuscritos sanskritos que los sabios ingleses.

III. Verdaderamente, la *Sanhita* del veda no puede ser de los mismos autores ni de la misma época del Upanischad; se adquiere firme convencimiento de ello si se leen traducidos el primer libro del Sanhita del Rig-Veda de *Rosen* y la del Sama-Veda

de *Stevensen*. Ambos, en efecto, constan de oraciones y rituales que respiran un sabeísmo bastante tosco. En ellos es Indra el dios más alto que se venera, y con él el sol, la luna, los vientos y el fuego. A éstos se les reza y se les ofrece en todos los himnos las alabanzas más serviles, con ruegos de vacas, comida, bebida y victoria; las ofrendas y regalos á los sacerdotes son los únicos que se alaban.—Como Ormuzd (del que ha resultado después Jehovah) es verdaderamente Indra (según J. J. Schmidt) y además también Mithra, el sol, así llegó hasta ellos con Indra el servicio del fuego de los dadivosos.—El Upanischad es, como se ha dicho, el aborto de la más alta sabiduría humana; también está destinado sólo á los eruditos brahmanes; por eso Anquetil traduce «Upanischad» por *secretum legendum*. La Sanhita es, en cambio, esotérica; está destinada, aunque indirectamente, al pueblo, puesto que su contenido lo forman la liturgia, es decir, oraciones públicas y rituales de ofrendas; según esto, la lectura de la *Sanhita* es completamente insípida... á juzgar por las pruebas indicadas; porque verdaderamente *Colebrooke* ha traducido en su escrito *On the religious ceremonies of the Hindus* himnos de otros libros de la Sanhita, que respiran un espíritu parecido al del Upanischad, como, por ejemplo, el hermoso himno en el segundo *essay: The embodied spirit*, etc., del que yo he dado una traducción en el § 115.

IV. En la época en que se labraron en India los grandes templos de rocas, no se había inventado tal vez la escritura, y las numerosas agrupaciones de sacerdotes que los habitaban, eran los mantenedores vivos de los *Vedas*, de los que cada sacerdote ó cada escuela sabía de memoria y entendía una parte, tal como lo han hecho también los druidas. Más tarde, se han recopilado precisamente en esos templos, y, por lo tanto, en honrosísimo lugar, los Upanischades.

V. La *filosofía de Sankhya*, que se considera como predecesora del buddhismo, como en la *Karika* de Isvara Krischna, traducida por *Wilson*, la vemos *in extenso* ante nosotros (aunque siempre como á través de una niebla, á causa de la imperfección hasta de esa traducción), es interesante é instructiva en cuanto nos presenta los dogmas principales de toda la filosofía india, así como la necesidad de la salvación de una existencia triste, la transmigración según las acciones, el conocimiento como condición fundamental para la salvación, y otras cosas por el estilo,

con la extensión y gran seriedad que se consideran en India hace miles de años.

Sin embargo, vemos estropeada toda esta filosofía por un pensamiento fundamental falso, el absoluto dualismo entre Prakriti y Puruscha. Pero este es también precisamente el punto en que la Sankhya difiere de los Vedas.—*Prakriti* es evidentemente la ***natura naturans***, y al mismo tiempo, la materia en sí, es decir, sin forma ninguna, sólo como es pensada, no percibida; ésta, comprendida así, puede considerarse, en cuanto se produce todo de ella, verdaderamente como idéntica con la *natura naturans*. *Puruscha*, en cambio, es el sujeto del conocimiento, porque es perceptivo, inactivo, puro espectador. Sin embargo, se tornan entonces ambos como distintos absolutamente é independiente uno de otro, por consiguiente, la aclaración por la cual Prakriti se esfuerza en la salvación de Puruscha resulta insuficiente (V. 60). Además, se enseña en toda la obra que la salvación de Puruscha es el último fin; en cambio, es (V. 62, 63) de repente Prakriti la que debe ser salvada.—Todas estas contradicciones desaparecerían si se tuviera para Prakriti y Puruscha una raíz común, á la que, contra la voluntad de Kapila, se refiera todo, ó fuera Puruscha una modificación de Prakriti, es decir, seguramente se resolvería el dualismo.—Yo, para comprender la cuestión, no puedo menos que ver en Prakriti la *voluntad* y en Puruscha el sujeto del conocimiento.

Un pequeño rasgo de pequeñez y pedantería en la Sankhya es la numeración, el contar y numerar todas las propiedades, etcétera. Pero parece costumbre del país, porque en los escritos buddhistas se procede de la misma manera.

VI. El sentido moral de la *metempsicosis* en todas las religiones indias no es solamente el que tengamos que purgar todas las faltas que cometemos en un nuevo nacimiento ulterior, sino también que debemos considerar todos los males que nos ocurren como merecidos por nuestras faltas en una existencia anterior.

VII. El que las cajas superiores se llamen *nacidas de nuevo* se puede explicar en todo caso como se indica generalmente, diciendo que la investidura con el cinturón santo que presta á los jóvenes de las mismas la mayoría, es, por decirlo así, un segundo nacimiento; pero el verdadero motivo es que sólo á consecuencia de importantes méritos en una vida anterior se puede

llegar al nacimiento en aquellas cajas; por lo tanto, se debe haber existido ya como *hombre* en dicha vida, mientras que el que nace en la caja más inferior ó aún más baja, puede haber sido también antes animal.

VIII. ¡Vosotros os burláis de los Eones y Calpas del *Buddhismo!*—El *Cristianismo*, naturalmente, ha tomado un punto de vista desde el que se aprecia un largo espacio de tiempo; el *Buddhismo*, uno desde el cual se le representa lo infinito en tiempo y espacio y se convierte en su tema.

Así como la *Lalitavistara*, bastante sencilla y natural en un principio, se hizo más complicada y más extraña en cada nueva redacción que experimentaba en cada uno de los sucesivos concilios, lo mismo le ha sucedido al *dogma* mismo cuyas pocas, sencillas y magníficas enseñanzas se han hecho paulatinamente abigarradas, revueltas y complicadas por medio de aplicaciones detalladas, representaciones locales y temporales, personificaciones empíricas, etc.; porque el espíritu de la gran muchedumbre así lo quiere, pues desea tener ocupación fantástica y no se conforma con lo sencillo y abstracto.

Los *dogmas brahmánicos* y distinciones de Brahm y Brahmâ, de Paramatma y Djiwatma, Hiranya-Garbha, Pradjapati, Puruscha, Prakriti y otras más, como se hallan expuestas concisamente en el excelente libro de Obry *du Nirvana Indien*, 1856, son en el fondo ficciones mitológicas puras, hechas con el fin de representar *objetivamente* aquello que esencialmente y en todo caso sólo tiene una existencia *subjetiva;* por eso precisamente *Buddha* las ha abandonado y no conoce más que Sansara y Nirwana. Porque cuanto más revueltos, abigarrados y complicados se hicieron los dogmas, tanto más mitológicos se volvieron. El que lo entiende mejor es *Yogui* ó *Saniassi,* que, componiéndoselas metódicamente, concentra en sí todos sus sentidos, olvida todo el mundo y se olvida á sí mismo también.—Lo que resta entonces, aun en su conciencia, es el ser primitivo. Sólo que esto se dice con más facilidad que se ejecuta.

El estado de degradación de los antes tan ilustrados *Indios* es la consecuencia del horrible vasallaje que han sufrido durante setecientos años por los mahometanos, que querían convertirlos á la fuerza al islamismo.—Ahora solo una octava parte de la población de la India es *mahometana* (*Edinbrewiew, Enero, 1858*).

*

IX. Entre las indicaciones de que los *egipcios* (etíopes), á lo menos sus sacerdotes, han venido de la India, pertenecen también en la vida de Apolonio de Thyana, los pasajes L. III, 20, y Lib. IV, 11.

X. Es probable que la mitología de los griegos y los romanos esté precisamente tan poco relacionada con la india, como el griego y el latín con el sanskrito y ambas con la egipcia. Zeus, Poseidon y Hades son tal vez Brahma, Vichnu y Shiva; este último tiene un tridente, cuyo objeto es inexplicable en Poseidon. La llave del Nilo *crux ansata*, signo de Venus ♀ es exactamente el Ligam y Yoni de los shivanitas. Osiris ó Isiris es tal vez Isvara, señor y dios.—Los egipcios y los indios adoraban el loto.

¿No sería *Jano* (acerca del cual Schelling (1) ha leído una disertación académica y lo ha explicado como el Uno-primitivo) el dios de la muerte, *Yama*, que tiene dos caras y á veces cuatro? En tiempo de guerra están abiertas las puertas de la muerte. ¿Y no sería tal vez Pradjapati, Japetos?

La diosa *Anna Purna* de los indios (*Langlès, monum. d. l'Inde* Vol. II, p. 107) es seguramente la *Anna Perenna* de los romanos (2). ¿No lo ha notado nadie? (3)—*Baghis*, sobrenombre de Shiva, recuerda al Bakis (Id. vol. I., 178). En *Sakúntala* (acto 6.° á la terminación, p. 131) aparece *Divespetir* como sobrenombre de Indra: seguramente *Diespiter* (4).

Acerca de la identidad de *Buddha* con *Wodan*, habla muy en favor el que (según *Langlès* monum., vol. II) el miércoles (Wodams-day) esté dedicado al signo ☿ y á Buddha.—Korban, en el *sacrificium* de Oupanekhat aparece en Marcos 7, 11 κορβαν (ὅ ἐστι δῶρον), en latín: *Corban i. e. munus Deo dicatum.*—Pero lo más importante es lo siguiente: El planeta ☿ está dedicado á *Buddha*, se identifica en cierto modo con él y el miércoles es el día de *Buddha*. Pero Mercurio es hijo de *Maya* y Buddha hijo de la dio-

(1) La explicación de Jano que da Schelling (en la Academia de Berlín) es que significa «el caos como la unidad primitiva».—Una mucho más fundamental da Walz *religione Romanorum antiquissima* (en el programa de la Universidad de Tubinga), 1875.

(2) Variante: La Anna Perenna (Ovidio), es Anna Purna, diosa de la comida abundante (v. Bohlen 1, p. 201 á 212).

(3) Se ha notado y discutido hace tiempo en *Asiat. research.*, VIII, p. 69-63.

(4) Ya dicho: *Asiat. research.*, vol. I, p. 241.

sa *Maya*. Esto no puede ser casualidad. «Aquí, dicen los suabos, está interesado un actor». Véase, sin embargo, *Manual of Buddhism*, p. 354, nota, y *Asiat. res.* vol. I. p. 162.

Spence Hardy (on eastern monachism, p. 122), refiere que los talares que hay que regalar á los sacerdotes en una cierta solemnidad, deben estar tejidos y terminados en un día; lo mismo refiere *Herodoto II c. 122*, de un traje entregado á un sacerdote en una ocasión solemne.

El autóctono de los alemanes es *Mannus*, su hijo es Thuiskon:—en el *Oupnekhat* (tomo II, p. 347 y tomo I, p. 36), se llama el primer hombre *Man*.

Como se sabe, *Satyavrati* es idéntico á Menú ó *Manú*—como por otra parte con *Noé*. Además, el padre de Sansón se llama (libro de los Jueces, c. 13) *Manoe*—es decir, Manú, Manoe Noé; la traducción de los Setenta dice Μανωὲ y Νῶε. (1) ¿No sería Noé lo mismo que Manoó, con pérdida de la primera sílaba?

Entre los Etrurios se llamaba Júpiter *Tina* (*Moreau de Jonès, á l'acad. de sc. mor. et polit. Dec. 1850*). ¿No estaría este nombre en relación con el chino *Tien?* Porque los Etrurios tenían, en efecto, la Anna Perenna de los indios.

* * *

Todas estas analogías han sido examinadas á fondo por Wilford y Burr en los *Asiat. researches*.

DESDE LAS CUEVAS Y SELVAS DEL INDOSTÁN

por H. P. BLAVATSKY

(CONTINUACIÓN)

Hace apenas veinticinco años que, por primera vez, un hombre blanco subió al Mataran enorme masa de varias clases de rocas, en su mayor parte de forma cristalina. Aunque muy cerca de Bombay, y sólo á pocas millas de

(1) Los alemanes dicen Noa en vez de Noé.—*(N. del T.)*

Kandala, la residencia de verano de los europeos, las amenazadoras alturas de este gigante fueron durante mucho tiempo consideradas inaccesibles. Por el Norte, su superficie lisa y casi vertical se eleva 2 450 pies sobre el valle del río Pen, y más adelante innumerables rocas y colinas separadas, cubiertas de espesa vegetación y divididas por valles y precipicios, se elevan hasta las nubes. En 1854, el ferrocarril atravesó uno de los costados del Mataran y ahora ha llegado al pie de la última montaña, deteniéndose en Narel, donde, hasta hace poco, no había más que un precipicio. Desde Narel á la planicie superior solo hay ocho millas, que se pueden pasar en un pony ó en palanquín abierto ó cerrado, como se quiera.

Como llegamos á Narel á las seis de la tarde, esta expedición no era muy tentadora. La civilización ha hecho mucho con la naturaleza inanimada; pero, á pesar de todo, su despotismo no ha podido aún conquistar los tigres y las serpientes. Los tigres, sin duda, han sido desterrados á selvas más remotas, mas las serpientes de todas clases, especialmente cobras y coralillos, las cuales habitan con preferencia los árboles, abundan todavía como en tiempos anteriores en los bosques del Mataran y sostienen combates regulares de guerrillas contra los invasores. ¡Desgraciado del pedestre y hasta del jinete que acierte á pasar por debajo de un árbol que constituya la emboscada de una serpiente coralillo! Las cobras y otros reptiles atacan rara vez al hombre, y generalmente tratan de evitarlo, á menos que accidentalmente se les pise; pero los guerrilleros del bosque, las serpientes de los árboles, acechan á su víctima. Tan pronto como la cabeza de un hombre se coloca debajo de la rama que alberga al coralillo, lánzase en el espacio todo lo largo de su cuerpo y clava sus colmillos en la frente del hombre. Este hecho curioso fué durante mucho tiempo considerado una fábula; pero ha sido ahora comprobado y pertenece á la historia natural de la India. En estos casos, los naturales ven en la serpiente al enviado de la Muerte, al ejecutor de la voluntad de la sanguinaria Kâli, la esposa de Shiva.

La tarde, después de aquel día abrasador, era tan tentadora y nos invitaba desde lejos con una frescura tan deliciosa, que nos decidimos á arriesgar nuestro destino. En el corazón de esta naturaleza maravillosa se anhela sacudir las cadenas terrestres y unirse con la vida sin límites, de suerte que la muerte misma tiene sus atracciones en la India.

Por otra parte, la luna llena iba á aparecer á las ocho. Tres horas de ascensión por la mañana con semejante claridad y noche tropical, que desafiaba los poderes descriptivos de los más grandes artistas, valía la pena del sacrificio. A propósito, entre los pocos artistas que pueden fijar en el lienzo el encanto sutil de una noche de luna en la India, la opinión pública principia á mencionar á nuestro propio V. V. Vereshtchagin.

Después de comer precipitadamente en el dâk bungalow, pedimos nuestras sillas de manos, y echándonos sobre los ojos nuestros topees parecidos á techos, partimos. Ocho coolies, vestidos, como de ordinario, con hojas de parra, tomaron posesión de cada silla y se lanzaron montaña arriba, exha-

lando los gritos y alaridos de que ningún verdadero hindu prescinde. Cada silla estaba además acompañada de un relevo de ocho portadores. Éramos, pues, sesenta y cuatro, sin contar á los hindus y sus servidores— un ejército suficiente para espantar cualquier leopardo extraviado ó tigre de la selva; en una palabra, á cualquier animal, excepto á nuestros atrevidos primos, por el lado de nuestro bisabuelo Hanuman. Tan pronto como nos metimos en una espesura al pie de la montaña, algunas docenas de estos parientes se unieron á nuestra comitiva. Gracias á las proezas del aliado de Râma, los monos son sagrados en la India. El Gobierno, imitando la primitiva sabiduría de la Compañía Oriental India, prohibe á todos que los molesten, no sólo cuando se les encuentra en los bosques, los cuales les pertenecen en toda justicia, sino hasta cuando invaden los jardines de la ciudad. Saltando de rama en rama, parloteando como urracas y haciendo las muecas más formidables, nos siguieron todo el camino como otros tantos duendes nocturnos. Algunas veces se colgaban de los árboles á la plena luz de la luna, como las ninfas de los bosques de la mitología rusa; otras nos precedían esperando nuestra llegada en las vueltas del camino, como si nos lo enseñasen. No nos dejaron nunca. Un mono-niño cayó en mi falda; al momento la autora de su ser, saltando sin ceremonia sobre los hombros de los coolíes, vino en su ayuda, lo recogió, y después de hacerme las muecas más feas, echó á correr con él.

«Los bandras (monos) traen la buena suerte con su presencia», observó uno de los hindus, como para consolarme de la pérdida de mi arrugado topee. Además —añadió—, el verles aquí prueba que no hay un solo tigre en diez millas á la redonda.»

Más y más alto ascendíamos por la empinada y tortuosa senda, y el bosque se tornaba perceptiblemente más denso, más obscuro é impenetrable. Algunas espesuras eran tenebrosas como tumbas. Pasando por debajo de banyans de cien años de edad, era imposible distinguir los propios dedos de la mano á dos pulgadas de distancia. Me parecía que en ciertos sitios no sería posible avanzar sin tantear el camino, pero nuestros coolíes no dieron nunca un paso en falso, sino que se apresuraban hacia delante. Ninguno de nosotros decía una palabra, como si hubiésemos acordado permanecer silenciosos en aquellos momentos. Nos sentíamos como envueltos en el pesado velo de las tinieblas, y no se oía sonido alguno excepto la respiración irregular y corta de los portadores y la cadencia de sus rápidas y nerviosas pisadas sobre el suelo pedregoso del camino. Sentía uno disgusto y vergüenza de pertenecer á la especie humana, una parte de la cual hace de la otra meras bestias de carga. Estos pobres desdichados reciben de paga por su trabajo cuatro annas diarios todo el año. ¡Cuatro annas por ir ocho millas cuesta arriba y otras tantas cuesta abajo, nada menos que dos veces al día: en junto, treinta y dos millas subiendo y bajando una montaña de 1.500 pies de altura con un peso de doscientas libras! Como quiera que sea, la India es un país en donde todo se ajusta á costumbres que jamás cambian, y cuatro annas al día es la paga para toda clase de labor inhábil.

Gradualmente hiciéronse más y más frecuentes los espacios abiertos y las cañadas, y la luz era tan intensa como de día. Miriadas de cigarrones chirriaban en el bosque, llenando el aire con un sonido metálico, y bandadas de asustados papagayos se precipitaban de unos árboles á otros. Algunas veces los atronadores y prolongados rugidos de los tigres se elevaban del fondo de los precipicios densamente cubiertos con toda clase de vegetación. Los shikari nos aseguran que en una noche tranquila los rugidos de estas bestias pueden oirse á muchas millas á la redonda. El panorama, alumbrado como por fuegos de bengala, cambiaba á cada revuelta. Ríos, campos, bosques y rocas se extendían á nuestros pies en una enorme distancia, se movían y temblaban iridescentes bajo la plateada luz de la luna, como la superficie de un espejo. El carácter fantástico del cuadro nos hizo contener el aliento. Nuestras cabezas vacilaban si por acaso mirábamos á las profundidades á la temblorosa luz de la luna. Sentimos que el precipicio de 2.000 pies de hondura nos fascinaba. Un americano, compañero nuestro de viaje, que había hecho la jornada á caballo, tuvo que desmontar, temeroso de no resistir á la tentación de lanzarse en el abismo.

Algunas veces encontrábamos á pedestres solitarios, hombres y mujeres jóvenes, bajando del Mataran en dirección á su casa, después de un día de trabajo. Sucede con frecuencia que algunos de ellos no llegan nunca á ella. La policía anuncia con indiferencia que la persona que falta ha sido arrebatada por un tigre ó muerta por una serpiente. Todo queda dicho con esto, y pronto se le olvida por completo. ¡Una persona más ó menos, entre los doscientos cuarenta millones que habitan la India, no importa gran cosa! Pero existe una superstición muy extraña en el Deccan acerca de esta misteriosa y sólo parcialmente explorada montaña. Los indígenas aseguran que, á pesar del número considerable de víctimas, jamás se ha encontrado un solo esqueleto. El cadáver, ya sea intacto ó destrozado por los tigres, es llevado inmediatamente por los monos, los cuales, en el último caso, reunen los huesos esparcidos y los entierran tan hábilmente en hoyos profundos, que no queda vestigio alguno. Los ingleses se ríen de esta superstición, pero la policía no niega el hecho de la completa desaparición de los cuerpos. Cuando las laderas de la montaña fueron horadadas en el curso de la construcción del ferrocarril, se encontraron huesos separados con las señales de los dientes de los tigres, así como brazaletes rotos y otros adornos, á profundidades increíbles. El hecho de estar rotas estas cosas demostraba que no habían sido enterradas por los hombres, porque ni la religión de los hindus ni su avaricia les hubiera permitido romperlos ni enterrar plata y oro. ¿Será, pues, posible, que así como entre los hombres una mano lava la otra, haya en el reino animal una especie que oculta los crímenes de la otra?

Habiendo pasado la noche en una posada portuguesa, hecha de bambús como nido de águila y adosada al costado casi vertical de la roca, nos levantamos al amanecer, y después de visitar todos los puntos de vista famosos por su belleza, hicimos nuestros preparativos para regresar á Narel. A la

luz del día el panorama era aún más espléndido que por la noche; no bastarían volúmenes para describirlo. Si no hubiese sido que por tres lados el horizonte estaba cerrado por las sinuosas cumbres de las montañas, toda la planicie del Deccan hubiera aparecido ante nuestros ojos. Bombay estaba tan claro, que parecía muy cerca de nosotros, y el canal que separa la ciudad de Salsetta brillaba como una cinta de plata. Da vueltas como una serpiente en su curso hacia el puerto, rodeando á Kanarí y otros islotes que se asemejan extraordinariamente á guisantes verdes, esparcidos en la blanca tela de sus aguas brillantes, y, finalmente, se junta con la deslumbrante línea del Océano Indico allá á lo lejos. Al otro lado está el Konkan del Norte, terminado por el Tal Ghats; las cimas, á modo de agujas, de las rocas Jano-Maòli, y, por último, la almenada cumbre de Funell, cuya silueta atrevida se presenta fuertemente de relieve en el distante azul del opaco cielo como un castillo de gigantes en un cuento de hadas. Más lejos asoma Parbul, cuya achatada cumbre era en los antiguos tiempos el asiento de los dioses, desde donde, según las leyendas, Vishnu habló á los mortales. Y allá abajo, donde el desfiladero se ensancha en un valle, todo cubierto de enormes rocas esparcidas, sobre cada una de las cuales se amontonan multitud de leyendas mitológicas, puede percibirse la cumbre azul obscura de montañas aún más elevadas y de forma aún más extraña. Esto es Khandala, sobre la que sobresale un enorme bloque de piedra, conocido con el nombre de la Nariz del Duque. Al lado opuesto, en la misma cima de la montaña, está situado Karli, el cual, según la opinión unánime de los arqueólogos, es el más antiguo y mejor conservado de los templos-cuevas indios.

El que haya atravesado los pasos del Cáucaso una y otra vez; el que desde la cima de la Montaña Cruz haya contemplado bajo sus pies las tempestades y los relámpagos; el que haya visitado los Alpes y el Rigi; el que conozca bien los Andes y las Cordilleras, así como todos los rincones de los Catskills en América, puede permitirse expresar una humilde opinión. Las Montañas Caucásicas, no lo niego, son más majestuosas que los Ghats de la India, y su esplendor no puede ser obscurecido comparándoles con éstos; pero su belleza es de un tipo clásico, si se me permite la expresión. A su vista se experimenta un placer verdadero, pero al mismo tiempo una sensación de admiración temerosa. Uno se siente como un pigmeo ante estos Titanes de la naturaleza. Pero en la India, exceptuando los Himalayas, las montañas producen una impresión muy diferente. Las cimas más altas del Deccan, así como las de la cumbre triangular que bordea el Indostán septentrional, y las de los Ghats Orientales, no exceden de 3.000 pies. Solamente en los Ghats Occidentales de la costa de Malabar, desde el Cabo Comorin al río Surat, hay alturas de 7.000 pies sobre el nivel del mar. De suerte que no puede haber comparación entre éstas y los patriarcas de blanquecina cabeza, Elbruz ó Kasbek, que exceden de 18.000 pies. El encanto original y principal de las montañas indias consiste en sus maravillosamente caprichosas formas. Algunas veces estas montañas, ó más bien estos picos volcá-

nicos separados, presentándose en fila, forman cadenas; pero es más común encontrarlos esparcidos, con gran perplejidad de los geólogos, sin causa visible, en sitios donde su formación parece por completo inapropiada. Valles espaciosos rodeados por altos muros de roca, sobre cuya cumbre misma pasa el ferrocarril, son comunes. Mirad hacia abajo y os parecerá estar contemplando el estudio de algún escultor titán, lleno de grupos á medio concluir, estatuas y monumentos. Aquí un pájaro de una tierra de ensueños posado sobre la cabeza de un monstruo de 600 pies de altura, extendiendo las alas y abriendo desmesuradamente su boca de dragón; á su lado el busto de un hombre, con un yelmo por montera; almenas como muros de un castillo feudal; allí también nuevos monstruos se devoran unos á otros; estatuas con miembros rotos; montones desordenados de inmensas bolas; fortalezas solitarias con troneras, torres y puentes en ruinas. Todo esto esparcido y mezclado con formas que cambian constantemente como los sueños del delirio. Y la atracción principal es que aquí no hay nada que sea resultado del arte; todo es debido al puro capricho de la naturaleza, la cual, sin embargo, ha sido algunas veces aprovechada por los antiguos constructores. El arte del hombre en la India hay que buscarlo en el interior de la tierra, no en su superficie. Los antiguos hindus rara vez construían sus templos fuera del seno de la tierra, como si tuvieran vergüenza de sus esfuerzos, ó no se atrevieran á rivalizar con la escultura de la naturaleza. Habiendo escogido, por ejemplo, una roca piramidal ó una colina de forma de cúpula como Elefanta ó Karli, escarvaban en ella durante siglos, según los Puranas, planeando en tan grandioso estilo que ninguna arquitectura moderna ha podido concebir nada que se le iguale. Las fábulas acerca de los Cíclopes parecen más verdad en la India que en Egipto.

El maravilloso ferrocarril desde Narel á Khandala recuerda uno de líneas semejantes desde Génova á los Apeninos. Pudiera decirse que se viaja en el aire, no por tierra. El ferrocarril atraviesa una región de 1.400 pies sobre Konkan; y en algunos sitios, mientras que un rail se apoya en el agudo filo de la roca, el otro está sostenido sobre bóvedas y arcos. El viaducto de Mali Khindi tiene 165 pies de altura. Durante dos horas corrimos entre cielo y tierra, con el abismo á ambos lados espesamente cubierto de árboles mangos y bananas. A la verdad, los ingenieros ingleses son constructores maravillosos.

El paso de Bhor-Ghat se salvó con fortuna y estamos en Khandala. Nuestro bungalow aquí está construído en la orilla misma del precipicio que la naturaleza ha ocultado bajo una cubierta de la más exuberante vegetación. Todo está en flor y en estos insondables retiros un botánico encontraría material suficiente para ocuparle durante toda su vida. Las palmas han desaparecido, pues su mayor parte crecen cerca del mar. Aquí están reemplazadas por banyans, mangos pipales (ficus religiosa), higueras y millares de otros árboles y arbustos desconocidos de los forasteros como yo. La flora india es con demasiada frecuencia calumniada y desnaturalizada, suponiéndola abun-

dante en flores hermosísimas pero desprovista de aroma. En algunas épocas esto no dejará de ser verdad, pero mientras los jazmines, las variadas y balsámicas tuberosas y doradas champas (champaka ó frangipani) están en flor, esta afirmación está lejos de ser verdad. El aroma sólo del champa es tan poderoso que casi marea. En cuanto al tamaño es el rey de los árboles floridos y cientos de ellos estaban en plena florecencia, precisamente en esta época del año, en Mataran y Khandala.

Estuvimos sentados en la verandah, hablando y gozando de la perspectiva que nos rodeaba, hasta muy cerca de media noche. Todo dormía en torno nuestro.

Khandala no es más que una aldea grande situada en la aplanada cresta de una de las montañas de la cordillera Sahiadra, elevada unos 2.000 pies sobre el nivel del mar. Está rodeada de picos aislados, tan extraños de forma como los que ya habíamos visto. Uno de ellos, enhiesto ante nosotros en el lado opuesto del abismo, se parecía exactamente á un edificio grande de un piso, con techo plano y parapeto almenado. Los hindus aseguran que en alguna parte de esta colina existe una entrada secreta que conduce á vastísimas salas interiores: en una palabra, á todo un palacio subterráneo, y que existe todavía gente que posee el secreto de esta mansión. Un santo ermitaño, Jogi y Mago, que había habitado estas cuevas durante «muchos siglos», comunicó este secreto á Sivaji, el célebre jefe de los ejércitos de Maharatta. Como Tanhauser en la ópera de Wagner, el invencible Sivaji pasó siete años de su juventud en esta misteriosa mansión, y allí adquirió su extraordinaria fuerza y valor.

Sivaji es una especie de Ilia Moorometz indio, aunque su época es mucho más próxima á nuestros tiempos. Era el héroe y el rey de los Maharattas en el séptimo siglo y el fundador de un poco durable imperio. La India le debe la disminución, ya que no la completa destrucción, del yugo musulmán. De la estatura de una mujer ordinaria y con manos de niño, tenía, sin embargo, una fuerza maravillosa, la cual atribuían sus compatriotas á brujería. Su espada se conserva aún en un museo, y no puede menos de admirarse su peso y tamaño y hasta la empuñadura, capaz solamente para la colocación de la mano de un niño de diez años. El fundamento de la fama de este héroe es el hecho de que siendo hijo de un pobre oficial al servicio del emperador Mogol, mató, cual otro David, al Goliat musulmán, el formidable Afzul Khan. No lo mató con honda como aquél, sino que usó en este combate el arma formidable Mahratti, la *vaghnakh*, que consiste en cinco largas uñas de acero, tan agudas como agujas y muy fuertes. Esta arma se lleva en los dedos y los combatientes la emplean para desgarrarse mutuamente las carnes como fieras. El Deccan está lleno de leyendas acerca de Savaji, y hasta los historiadores ingleses lo mencionan con respeto. Lo mismo que la fábula acerca de Carlos V, una de las tradiciones locales indias asegura que Savaji no ha muerto, sino que vive en secreto en una de las cuevas de Sahiadra. Cuando suene la hora del Destino (y según los cálculos de los astrólogos no está muy

lejano el día) volverá á aparecer para dar la libertad á su amado país.

Los sabios y artificiosos brahmanes, esos jesuitas de la India, se aprovechan de la profunda superstición de las masas para sacarle sus riquezas. Algunas veces hasta la última vaca, único medio de alimentación de una familia numerosa.

En los pasajes que siguen expongo un ejemplo curioso de esto. En fines de Julio de 1879 apareció el siguiente misterioso documento en Bombay. Traduzco literalmente del ejemplar Mahratti; el original había sido trasladado á todos los dialectos de la India, de los cuales hay 273:

«¡Shri!» (un saludo intraducible). «Sepan todos que esta epístola, escrita en su original en letras de oro, ha venido de Indraloka (el cielo de Indra) á la presencia de santos brahmanes en el altar del templo de Vishveshvara, el cual está en la ciudad sagrada de Benares.

»Oid y acordáos, ¡oh tribus del Indostán, Rajístan, Punjab, etc., etc.! El sábado, segundo día de la primera mitad del mes Magha, 1809 de la Era de Shalivahan (1887 de nuestra Era), el onceno mes de los hindus durante el Aswini Nakshatra (la primera de las veintisiete constelaciones del curso lunar), cuando el sol entre en el signo de Capricornio y la hora del día esté cerca de la constelación de Piscis, esto es. exactamente una hora y treinta y seis minutos después de amanecer, la hora del fin de Kali-Jug sonará, comenzando el muy deseado Satya-Jug (esto es, el final del Maha-Jug, el gran ciclo que encierra los cuatro Jugas menores). Esta vez Satya-Jug durará 1100 años. Durante todo este tiempo la duración de la vida del hombre será de 128 años. Los días serán más largos y constarán de veinte horas y cuarenta y ocho minutos, y las noches de trece horas y doce minutos, esto es, en lugar de veinticuatro horas tendremos exactamente treinta y cuatro horas y un minuto. El primer día de Satya-Ing será muy importante para nosotros, pues será el día en que se nos presentará nuestro nuevo rey de cara blanca y dorados cabellos, que vendrá del lejano Norte. Será el Señor Autónomo de la India. La Mâyâ de la incredulidad humana con todas las herejías sobre las cuales preside, serán arrojadas á Patâla (significa á la vez el infierno y los antípodas) y la Mâyâ de los justos y piadosos permanecerá con ellos y los ayudará á gozar la vida en Mretinloka (nuestra tierra).

»Sépase también por todos que para la difusión de este documento divino, cada copia del mismo será recompensada con el perdón de tantos pecados como se perdonan generalmente cuando un hombre piadoso sacrifica á un brahman cien vacas. En cuanto á los incrédulos y los indiferentes, serán enviados á Naraka (el infierno). Transcrito y dado por el esclavo de Vishnu Madlau Shriman el sábado día 7.° de la primera mitad de Shravan (el quinto mes del año hindu) 1801 de la Era de Shalivahan (esto es, 26 de Julio de 1879)».

Lo que después ocurrió con esta ignorante y astuta epístola no lo sé. Probablemente la policía interrumpió su distribución; sin embargo, esto solo concierne á los administradores prudentes. Pero magníficamente pone de

manifiesto de un lado la credulidad de la plebe sumida en la superstición, y de otra la ninguna escrupulosidad de los brahmanes.

Respecto á la palabra Patâla, que significa literalmente el lado opuesto, es interesante un reciente descubrimiento de Swami Dayanand Saraswati, á quien he mencionado en mis cartas anteriores, especialmente si este descubrimiento es aceptado por los filólogos como lo prometen los hechos. Dayanand trata de demostrar que los antiguos arios conocían y aun visitaron la América llamada Patâla en un manuscrito, y de la cual la imaginación popular, en el curso del tiempo, hizo algo parecido al Hades griego. Sostiene esta teoría con muchas citas de los más antiguos manuscritos, especialmente de las leyendas acerca de Krishna y su discípulo favorito Arjuna. En la historia de este último se dice de él que era uno de los cinco Pandavas, descendientes de la dinastía de la luna, que visitó á Patâla en sus viajes y allí se casó con una viuda, hija del rey Nagual, llamada Illupl. Comparando los nombres de padre é hija llegamos á las siguientes consideraciones, que dicen mucho en favor de la suposición de Dayanand:

(1) Nagual es el nombre con que los hechiceros mejicanos, indios y aborígenes de América, son todavía designados. Lo mismo que los Nargalss, asiros y caldeos, jefes de los Magos, el Nagual mejicano reune en su persona las funciones de sacerdote y de hechicero, siendo servido en este último oficio por un demonio bajo la forma de un animal, generalmente una serpiente ó un cocodrilo. Estos Naguales se cree que son los descendientes de Nagua, el rey de las serpientes. El abate Brasseur de Bourbourg les dedica considerable espacio en su libro acerca de Méjico, y dice que los Naguales son servidores del demonio, el cual, á su vez, sólo les sirve temporalmente. En Sanskrito, así mismo, serpiente es Nâga, y el « Rey de los Nagas » desempeña un papel importante en la historia de Buddha; y en los *Purânas* existe la tradición de que Arjuna fué quien introdujo el culto de la serpiente en Patâla. La coincidencia y la identidad de los nombres son tan sorprendentes, que nuestros hombres científicos debieran realmente prestar atención á ellos.

(2) El nombre de la esposa de Arjuna, Illupl, es puramente mejicano antiguo, y si rechazamos la hipótesis de Swami Dayanand, será totalmente imposible explicar la existencia actual de este nombre en los manuscritos Sanskritos mucho antes de nuestra Era Cristiana. De todos los antiguos dialectos y lenguas, solamente en los de los aborígenes de América es donde constantemente se encuentran tales combinaciones de consonantes como pl, tl, etc. Abundan principalmente en el lenguaje de los toltecas ó nahuatl, mientras que ni en el Sanskrito ni en el antiguo griego se encuentran nunca al final de una palabra. Hasta las palabras *Atlas* y *Atlantes* parecen extrañas á la etimología de las lenguas europeas. Donde quiera que sea que Platón las encontrara, no fué él quien las inventó. En la lengua tolteca vemos la raíz *atl*, que significa agua y guerra; é inmediatamente después del descubrimiento de América, Colón encontró una ciudad llamada Atlán á la entrada de la Bahía de Uraga. Ahora es una pobre aldea de pescadores llamada Aclo. Sólo

en América se encuentran nombres como el de Itzcoatl, Zempoaltecatl y Popocatepetl. Querer explicar semejantes coincidencias por la teoría de la ciega casualidad sería demasiado; por consiguiente, en tanto que la ciencia no trate de negar la hipótesis de Dayanand, lo cual hasta ahora no puede hacer, creemos razonable adoptarla, aunque sólo sea á fin de seguir el axioma «una hipótesis es igual á otra». Entre otras cosas, Dayanand indica que la recta que llevó á Arjuna á América, hace cinco mil años, fué por Siberia y el estrecho de Behring.

Hacía tiempo que había pasado la media noche, pero aún continuábamos oyendo esta y otras leyendas parecidas. Finalmente, el posadero envió un criado á avisarnos de los peligros que nos amenazaban si permanecíamos demasiado tiempo en la verandah en una noche de luna. El programa de estos peligros estaba dividido en tres secciones: serpientes, fieras y dacoites. Además de la cobra y de la «serpiente-roca» las montañas de alrededor están llenas de una especie de serpientes de montaña muy pequeñas llamadas furzen, las más peligrosas de todas. Su veneno mata con la rapidez del relámpago. La claridad de la luna las atrae, y partidas enteras de estos no deseables huéspedes se deslizan hacia las verandahs de las casas para calentarse. Aquí se encuentran más abrigadas que en el suelo húmedo. El verde y perfumado abismo debajo de nuestra verandah era casualmente también un lugar favorito de tigres y leopardos que venían allí á apagar su sed en el ancho arroyo que corre por el fondo, y luego vagan hasta el amanecer bajo las ventanas del bungalow. Por último había los locos dacoites, cuyas guaridas se hallan esparcidas en montañas inaccesibles á la policía, los cuales hacen fuego á menudo sobre los europeos, simplemente por darse el placer de enviar *ad patres* uno de los odiados *bellatis* (extranjeros). Tres días antes de nuestra llegada desapareció la mujer de un brahman, llevada por un tigre, y dos perros favoritos del comandante fueron muertos por las serpientes. No quisimos aguardar más explicaciones y nos apresuramos á entrar en nuestras habitaciones. Al amanecer teníamos que marchar á Karli, á seis millas de este sitio.

(Se continuará.)

LOS RAYOS BECQUEREL

Y LAS LÁMPARAS INEXTINGUIBLES DE LOS ANTIGUOS

UNO de los inventos más sorprendentes de que tratan ahora los hombres de ciencia es el de los rayos Becquerel, llamados á producir una verdadera revolución en la dinámica. Sabido es que éstos se desprenden de una substancia hasta hoy muy poco conocida, llamada *radium*.

Becquerel tiene guardado en una cajita de plomo un grano pequeñisimo de dicha materia. En la obscuridad arroja un resplandor verdoso que se asemeja al del gusano de luz. Si cerráis los ojos delante del *radium*, seguiréis viendo la luz, pues como los rayos Roentgen, penetrará á través de vuestros párpados cual si éstos no existieran. La *lámpara milagrosa* no se agota nunca ni necesita combustible ni aire para alimentarse. En los cinco años que lleva sobre la mesa de trabajo de Becquerel, no ha perdido el más ligero átomo de potencia luminosa.

El *radium* posee la propiedad de impedir que funcione la máquina eléctrica.

Colocado cerca de ésta, las chispas que debía producir la máquina se evaporan, á causa de que todo volumen de aire se trueca en conductor de la electricidad.

La primera conclusión que se desprende de las propiedades de esa materia extraña es que resuelve de plano el problema de la telegrafía sin hilos.

De los experimentos realizados en la Escuela Politécnica de Berlín, se deduce que los rayos Becquerel constituyen electricidad negativa. Su energía es susceptible de almacenarse y puede ser utilizada en la producción de una corriente continua.

Y he aquí cómo un simple rayo luminoso origina energía eléctrica y fuerza, á semejanza de una batería de pilas. Si poseyésemos cantidad suficiente de esta substancia, podríamos

tener en movimiento constante una dinamo, sin que ese movimiento se debilitara, siendo entonces inútiles las máquinas de vapor, el carbón y demás combustibles.

El origen de los rayos Becquerel se halla en las modificaciones moleculares que el sabio alemán Helmhalta explica en su célebre hipótesis, que dice: «La molécula, al describir su gran órbita, verá aumentar su temperatura en razón del acrecentamiento de su velocidad, trocándose así en luminosa. De este modo gastará la fuerza adquirida en beneficio de las moléculas vecinas, que compensarán su enfriamiento con la acumulación del calor.»

El *radium* descubrióse en Joachimstahl, en el Erzgebirge bohemio. Allí fué encontrado un mineral negro, muy parecido al carbón, y que llaman *pechblende,* palabra que significa algo así como betún brillante, del cual extraen el *uranium* en pequeñas cantidades.

Examinando una piedra del *uranium,* Becquerel descubrió las propiedades radio-activas. Después Curie descubrió en un pequeño bloque de *pechblende* el *polonium* y el *radium,* de los cuales se desprende una luz mil veces más intensa que los rayos uranianos.

Hasta ahora, ni el *uranium,* ni el *polonium,* ni el *radium,* han podido ser aislados por completo, y de ello se deduce que aquellos minerales deben su potencia lumínica á su mezcla con parcelas mínimas de substancia radio-activa.

Una cantidad casi invisible de esta substancia es bastante para manifestar sus efectos dinamógenos y luminosos.

El descubrimiento de las propiedades del *radium* puede compararse en importancia al de la electricidad y el magnetismo.

El kilogramo de *radium* cuesta 30.000 francos. Además de las citadas, el *radium* tiene la propiedad de producir efecto á través del cristal, de las telas, del cartón y del metal. Varias personas que han llevado esa substancia en tubos en los bolsillos, han sentido en la piel el escozor de la quemadura, presentándose una mancha encarnada que se ha trocado en ampolla, y por último, en llaga purulenta.

Colocando el *radium* por espacio de media hora sobre un brazo, se produce la ampolla de la quemadura. Basta con mantener en mano un tubo de materia radio-activa para sufrir los efectos de la descamación.

Al igual que los rayos X y que el sol en las altas cimas, los rayos nuevos desorganizan la piel.

Esta noticia sobre el descubrimiento del gran investigador alemán, del que vienen tratando extensamente infinidad de revistas nacionales y extranjeras (1) trae á nuestra memoria lo que hace algún tiempo aseguró H. P. Blavatsky sobre la existencia de ciertas *Lámparas inextinguibles* de que hacían uso los antiguos, cuya existencia puede tener hoy un comprobante científico, merced al descubrimiento de los *rayos Becquerel*.

He aquí las palabras de H. P. Blavatsky:

«Entre las ridiculizadas pretensiones de la alquimia se halla la de las lámparas *perpetuas*. Si decimos al lector que nosotros hemos visto tales lámparas, se nos podrá preguntar—suponiendo que sea indiscutible la sinceridad de nuestra creencia personal:—¿cómo podemos afirmar que esas lámparas que hemos observado sean perfectas, cuando el período de nuestras observaciones ha sido limitado?

A esto contestaremos sencillamente que, conociendo como conocemos los ingredientes empleados en ellas, la manera de construirlas y la ley natural aplicable al caso, tenemos la seguridad de que nuestra observación será confirmada por las investigaciones que se hagan en el mismo paraje. Cuál sea este paraje y de quién puedan aprenderse tales conocimientos, deben nuestros críticos descubrirlo, tomándose el trabajo que nos hemos tomado. Entre tanto, y como quiera que sea, citaremos unas pocas de las 173 autoridades que han escrito sobre este asunto. Ninguna de ellas, si mal no recordamos, ha asegurado que esas lámparas sepulcrales ardiesen perpetuamente, sino solamente durante un número indefinido de años, y se registran casos de haber estado algunas ardiendo continuamente durante muchos siglos. No se negará que, si existe una ley natural que permita que una lámpara permanezca encendida en el espacio de diez años, sin necesidad de ser alimentada de nuevo, no hay razón alguna para que, en virtud de dicha ley, no pueda seguir la combustión cien ó mil años.

(1) Recomendamos muy de veras la lectura de los núms. III y IV de este año de *Philadelphia* (Buenos Aires, Cuyo 2236) sobre este particular. También la *Revista ibero-americana de ciencias eclesiásticas* publica la noticia.

Entre los muchos personajes célebres que han creído firmemente y asegurado sin vacilación alguna que tales lámparas sepulcrales ardieron durante varios siglos, y habrían continuado ardiendo quizá para siempre si no hubiesen sido apagadas, ó los vasos no se hubiesen roto por efecto de algún accidente, recordamos los siguientes: Clemente de Alejandría, Hermelao Bárbaro, Appiano, Burattino, Citerio, Cœlio, Foxio, Costeo, Casalio, Cedreno, Delrio, Ericio, Gesner, Jacobno, Leandro, Libavio, Lazio, Pico de la Mirándola, Filaleteo, Liceto, Maiolo, Maturancio, Bautista Porta, Pancirolo, Ruscelio, Escardonio, Luis Vives, Volaterano, Paracelso, varios alquimistas árabes, y finalmente Plinio, Solino, Kircher y Alberto el Grande.

El descubrimiento es reclamado por los antiguos Egipcios, esos hijos del país de la química (1). Por lo menos usábanse estas lámparas en Egipto mucho más que en las demás naciones, con motivo de sus doctrinas religiosas. Se creía que el alma de la momia vagaba alrededor del cuerpo durante los tres mil años que constituían su círculo de necesidad, y unida con él por un lazo magnético que no podía romperse más que por su propio esfuerzo, imaginaban los Egipcios que la lámpara eternamente encendida — símbolo de su espíritu incorruptible é inmortal — decidiría por fin al alma más material á separarse de su habitación terrestre y á unirse para siempre con su divino YO (SELF). Por esta razón, las lámparas se colocaban en el sepulcro de los ricos. Encuéntranse frecuentemente dichas lámparas en las cavernas subterráneas de la muerte, y Liceto ha escrito un tomo en folio para probar que en su tiempo, cuando se abría un sepulcro, se encontraba en su interior una lámpara encendida, que se apagaba en seguida á causa de tal *profanación*. Tito Livio, Burattino y Miguel Schattá afirman, en sus cartas á Kircher (2) haber hallado muchas lámparas en los subterráneos de la antigua Menfis. Pausanias habla de la lámpara de oro que existía en el templo de Minerva, en Atenas, lámpara que, dice, era la obra maestra de Calímaco y ardía un año entero. Plutarco (3) afirma que él vió una en el templo de Júpiter Amón, la cual, según le aseguraron los sacerdotes, ardía continuamente

(1) Psalm CV, 23, «La tierra de Cam, ó *chem*, griego χυμός, de donde las palabras alquimia y química.

(2) *Œdipi Ægyptiaci Teatrum Hieroglyphicum*, pág. 554.

(3) *Lib. de defectu oraculorum.*

durante años enteros, sin que, á pesar de permanecer al aire libre, ni el viento ni la lluvia podían apagarla. San Agustín, una de las autoridades católicas, menciona otra lámpara en el templo de Venus, de igual naturaleza que aquéllas, é inextinguible por el viento y por el agua.

En Edessa — dice Kedreno — fué hallada una lámpara que, colgada en el dintel de cierta puerta, estuvo encendida por espacio de 500 años; pero de todas estas lámparas, la indicada por Olybio Máximo de Padua, es, sin duda alguna, la más maravillosa. Fué encontrada cerca de Atteste, y Escardonio nos suministra una magnífica descripción de la misma: «En una vasta urna de tierra estaba contenida otra menor, y dentro de esta última existía una lámpara encendida que había continuado en tal estado durante unos 1500 años por medio de un licor purísimo contenido en dos frascos, uno de oro y otro de plata, que están en poder de Francisco Maturancio, quien les asigna un precio extraordinario.»

Prescindiendo de toda exageración, y dejando á un lado como una mera negación insostenible la afirmación de la ciencia moderna acerca de la imposibilidad de tales lámparas, quisiéramos preguntar, en el caso de comprobarse que estos fuegos inextinguibles hubiesen existido realmente en la época de los «milagros», ¿deberian ser consideradas de una manera distinta las lámparas encendidas delante de los altares cristianos, que las colocadas ante los de Júpiter, Minerva y otras divinidades paganas? Según ciertos teólogos parece ser que las primeras (porque el Cristianismo también reclama tales lámparas), ardían en virtud de un poder milagroso y *divino*, mientras que la luz de las otras, fabricadas por el arte «pagano», era sostenida por los artificios del diablo; Kircher y Liceto manifiestan que estas lámparas estaban clasificadas en esos dos grupos. La de Antioquía que ardió 1500 años al aire libre en una plaza pública, encima de la puerta de una iglesia, era conservada por el *poder de Dios*, que «había hecho que un número tan infinito de estrellas ardiese con luz perpetua.»

En cuanto á las lámparas paganas, San Agustín nos asegura que eran obra del demonio, «quien nos engaña por mil medios.» ¿Qué más fácil para Satán que exhibir á los que por primera vez entran en una gruta subterránea, un relámpago de luz ó una brillante llama? Esto era lo que aseguraban todos los

buenos cristianos durante el pontificado de Paulo III, cuando, al abrirse una tumba en la Vía Apia, en Roma, se encontró el cuerpo entero de una doncella nadando en un líquido brillante que la había conservado tan bien, que su cara era encantadora y al parecer llena de vida. Á sus pies ardía una lámpara cuya llama se desvaneció en el momento de abrirse el sepulcro, viniéndose á saber por una inscripción grabada en dicha sepultura, que el citado cadáver había estado enterrado durante unos 1500 años, suponiéndose que era el cuerpo de Tuliola ó Tulia, hija de Cicerón (1).

Los químicos y físicos niegan la posibilidad de las lámparas perpetuas, alegando que una cosa cualquiera que se resuelve en vapor ó en humo, no puede ser permanente, sino que, por el contrario, tiene que consumirse; y como quiera que el aceite que alimenta una lámpara encendida se exhala en forma de vapor, de aquí que, por la falta de combustible, el fuego no puede ser perpetuo. Los alquimistas, por otra parte, niegan que todo lo que puede alimentar el fuego activo, deba necesariamente convertirse en vapor, añadiendo que en la naturaleza hay cosas que no sólo resisten la fuerza del fuego sin consumirse, sino que, además, son inextinguibles, tanto por el aire como por el agua. En un tratado de química del año 1700, titulado NEKPOKHAEIÁ, el autor expone un cierto número de refutaciones á las pretensiones de varios alquimistas; pero, aunque niega que pueda obtenerse un fuego que arda *perpetuamente*, se siente casi inclinado á admitir que una lámpara pueda arder durante varios centenares de años. Además, tenemos una multitud de testimonios de alquimistas que consagraron años y años á estos experimentos, y dedujeron, como consecuencia, que el fuego perpetuo era cosa muy posible.

Existen algunas preparaciones especiales de oro, plata y mercurio, y también de nafta, petróleo y de otros aceites bituminosos. Los alquimistas también mencionan el aceite de alcanfor y ámbar, el *lapis abestos* ó *amianto*, el *lapis carystius*, *ciprius* y *linum vivum seu oretum*, que eran empleados para tales lámparas. Afirman aquellos que esta materia puede ser preparada por medio del oro ó de la plata, reducidos á flúidos, é indican

(1) Los detalles de esta narración pueden encontrarse en la obra de Erosino Francisco, quien los tomó de Pflaumero, Pancirolo y de muchos otros.

que el oro es el *pabulum* más conveniente por su maravillosa llama, por cuanto, de todos los metales, es el que menos se gasta cuando se calienta ó se funde, y además es susceptible de reabsorber su humedad aceitosa conforme ésta se exhala, alimentando así continuamente su propia llama una vez encendido. Los kabalistas aseguran que tal secreto era conocido de Moisés, quien lo aprendió de los egipcios, y que la lámpara que el «Señor» ordenó que ardiese ante el tabernáculo, era una lámpara inextinguible. «Y tú mandarás á los hijos de Israel que te traigan aceite de olivas puro, molido, para la luminaria, *para hacer arder continuamente las lámparas.*» (ÉXODO, XXVII, 20).

Liceto niega que estas lámparas contuviesen preparaciones metálicas, pero en la página 44 de su obra menciona una preparación de mercurio, filtrado siete veces por medio del fuego al través de arena blanca, preparación con la cual — dice — se han hecho lámparas que podían arder continuamente. Así Maturancio como Citesio creen firmemente que semejante resultado puede lograrse por un mero procedimiento químico. Este licor de mercurio era conocido entre los alquimistas con el nombre de *Aqua mercurialis*, *Materia metallorum*, *Perpetua dispositio* y *Materia prima artis*, y también con el de *Oleum vitris*. Tritenhe-m y Bartolomé Korndorf fabricaron preparaciones para este fuego inextinguible, y han dejado recetas para ello (1).

---

(1) «*Sulphur y alum. ust.*, á IV onzas; sublimados en flores hasta II onzas, á lo cual añade del bórax cristalino de Venecia en polvo I onza; sobre estos ingredientes vierte espíritus de vino muy rectificado, y hazlo digerir: extráolo entonces y evapóralo en frío, repite esto con frecuencia hasta que el *sulphur* se ablande como cera sin despedir humo, sobre un plato caliente de bronce; esto es para el *pabulum*, pero el pábilo debe prepararse de esta manera: coge los hilos ó hebras del *Lapis Asbestos* del gruoso del dedo del medio y del largo del meñique, ponlos dentro de un vaso de Venecia y recubriéndolos con el antedicho *sulphur* ó alimento depurado, déjese el vaso durante veinticuatro horas dentro de arena lo suficientemente caliente para que el *sulphur* pueda hervir todo este tiempo. Una vez untado y embadurnado así el pábilo, hay que ponerlo en un vaso en forma de concha, de manera que una parte del mismo salga por encima de la masa del *sulphur* preparado; colocando entonces dicho vaso sobre arena caliente, haz derretir el azufre, de modo que se impregne bien el pábilo, cuando ésto se encienda arderá con llama perpetua, y tú podrás llevar esta lámpara á cualquier sitio que te plazca.»

La otra receta es como sigue:

«R. *Salis tostis*, 1 libra; vierte sobre ella vinagre fuerte de vino y concéntralo hasta adquirir la consistencia del aceite; échalo entonces en vinagre fresco, macéralo y destílalo como antes. Repite esta operación cuatro veces consecutivas, y enton-

El asbesto, que era conocido por los griegos bajo el nombre de Aopeoros ó inextinguible, es una especie de piedra que, una vez encendida, no puede ser apagada, como nos dicen Plinio y Solino. Alberto el Grande la describe como una piedra de color de hierro que se halla principalmente en la Arabia. Se la encuentra generalmente cubierta de una capa oleaginosa apenas perceptible, la cual arde inmediatamente cuando se le acerca una luz. Numerosos experimentos han hecho los químicos con el objeto de extraer del asbesto dicho aceite indisoluble, pero todos ellos han confesado no haber conseguido su propósito. Mas, ¿son bastante competentes nuestros químicos para sostener que la operación anterior es completamente impracticable? Si ese aceite pudiese ser extraído una vez, no quedaría la menor duda sobre si puede dar lugar á un fuego continuo. Los antiguos podían vanagloriarse de haber poseído el secreto, porque, lo repetimos, existen hoy día experimentadores que lo han logrado felizmente. Los químicos que en vano han procurado encontrarlo, han manifestado que el flúido ó licor extraído químicamente de la piedra, era de una naturaleza más bien acuosa que oleosa, y

---

cos pon dentro de esto vinagro *vitr. antimodii subtilis lævigat* I libra; ponlo sobre la ceniza, en un vaso cerrado, por espacio de seis horas y extrae su tintura, decanta el licor y déjalo enfriar y entonces extráela otra vez; repite esto con frecuencia hasta que hayas sacado todo el color encarnado. Concentra tus extractos hasta la consistencia del aceite y rectifícalos entonces al baño maría. Toma después el antimonio, del cual ha sido extraída la tintura y redúcelo á polvo sutilísimo, y así ponlo dentro de un recipiente de vidrio; vierte encima el aceite rectificado, el cual concentrarás y dilatarás siete veces hasta que el polvo haya bebido todo el aceite y esté completamente seco. Este extracto otra vez con espíritu de vino, hasta que toda la esencia haya desaparecido de allí, lo pondrás en un matraz de Venecia, bien dispuesto con papel quíntuplo, y destilarás luego hasta que la esencia haya desaparecido, después de lo cual quedará en el fondo un aceite inconsumible, que puede ser empleado con un pábilo de la misma manera que el *sulphur* que antes he descripto.»

«Estas son las luces eternas de Tritenheim — dice su comentador Libavio — las cuales, aunque á decir verdad no se pueden comparar con la fijeza de la nafta, sin embargo, pueden auxiliarse una á otra. La nafta no tiene tanta duración al arder porque exhala y deflagra, pero si se la fija añadiendo el jugo del *Lapis asbestinos*, podrá suministrar un fuego perpetuo», dice este ilustrado autor. A esto podemos añadir que hemos visto por nuestros propios ojos una lámpara preparada de este modo, y se nos ha dicho que desde que fué encendida por primera vez el día 2 de Mayo de 1871, no se había apagado.

Como sabemos que el autor del experimento era incapaz de engañar á nadie, siendo él mismo un ardiente experimentador de secretos herméticos, no tenemos el menor motivo para dudar de su afirmación.

tan impuro y feculento que no podía arder; otros han asegurado, por el contrario, que el aceite, tan pronto como se le dejaba al aire, se ponía tan espeso y sólido que difícilmente podía licuarse, y cuando se le encendía no emitía llama, sino que desaparecía convertido en negro humo; mientras que está probado que las lámparas de los antiguos ardían con una llama purísima y muy brillante, sin despedir la más pequeña cantidad de humo. Kircher, que indica la posibilidad de purificar dicho aceite, considera tan difícil esta operación que, á su modo de ver, es sólo accesible á los más elevados adeptos en Alquimia.

La opinión de San Agustín que atribuye la totalidad de estas artes al chivo cristiano, ó al diablo, es completamente refutada por Luis Vives (1), el cual demuestra que todas las pretendidas operaciones mágicas son efecto de la industria humana y del profundo estudio de los secretos ocultos de la naturaleza, por estupendas y milagrosas que parezcan. Podocattaro, caballero cipriota (2), tenía lino y tela fabricada con otro asbesto, que *Porcacchius* dice (3) haber visto en casa de aquél. Plinio llama á esta tela *linum vinum*, ó lino indio, y dice que se extrae del *asbeston* ó *asbestinum*, especie de lino del cual se hacen vestidos, que para limpiarlo se echan al fuego. Añade dicho autor que el asbesto es tan precioso como las perlas y los diamantes, porque además de escasear mucho, es sumamente difícil de tejer á causa de la poca longitud de sus hilos. Una vez machacado con un martillo hasta dejarlo plano, se le moja con agua caliente, y cuando están secos sus filamentos, pueden con facilidad dividirse en hilos como el lino y ser tejidos formando tela. Plinio asegura haber visto muchas telas fabricadas con esta materia, y haber asistido á un experimento en que se las purificó por medio del fuego. Bautista Porta también afirma que vió otra tela de esta clase en Venecia, en manos de una señora cipriota, y llama á este descubrimiento de la alquimia un *secretum optimum*.

El Dr. Grew, en su descripción de las curiosidades del Colegio Gresham (siglo décimoséptimo), cree perdido juntamente el arte y el uso de semejantes telas, pero, según parece, esto no es completamente exacto, pues vemos al Museo Septalio envane-

(1) Comentarios sobre el Tratado *De Civitate Dei*, de San Agustín.
(2) Autor de «*De rebus cypritis*», 1566, A. D.
(3) «*Libro de los antiguos funerales.*»

cerse con la posesión de hilo, cuerdas, papel y otras labores, todo hecho con este material, en una época tan poco remota como 1726; siendo algunos de estos artículos fabricados por el mismo Septalio, como nos dice el *Arte de embalsamar* de Greenhill, p. 361. «Grew —dice el autor—parece creer que el *Asbestinus Lapis* y el *Amianthus* son una misma cosa, y los llama en inglés *thrum-stone* (piedra de hilos)»; dice que forma como una masa compuesta de hilos de un cuarto de pulgada á una pulgada de longitud aproximadamente, paralelos y lustrosos, hilos que son tan finos como aquellos tan delgados y sutiles que forma el gusano de seda, y tan flexibles como el lino ó el cáñamo. Que el secreto no se ha perdido por completo, lo prueba el hecho de que algunos conventos buddhistas de la China y del Thibet lo poseen. En uno de religiosas talapoines hemos visto echar en un gran hoyo lleno de carbones encendidos y sacar de allí dos horas después, tan limpia como si la hubiesen lavado con agua y jabón, una túnica amarilla, como la que usan los monjes buddhistas, que no podemos decir si estaba hecha de la fibra de una ó de otra de esas dos piedras..

Después de numerosos ensayos practicados últimamente en Europa y en América, el material en cuestión va siendo objeto de diferentes aplicaciones y usos industriales, tales como telas y vestidos incombustibles y á prueba de fuego. Un depósito de mucho valor en Steer Island, en el puerto de New York, proporciona el mineral en haces, parecidos á la madera seca, con fibras de varios pies de longitud. La variedad más fina de asbesto, llamada *atravros* (puro) por los antiguos, toma su nombre de su lustre blanco, semejante al del raso.

Los antiguos hacían también la torcida de sus lámparas perpetuas con otra clase de piedra á la cual llamaban *Lapis carystius*. Los habitantes de la ciudad de Carystos no hicieron de ello, al parecer, secreto alguno, y *Matthæs Raderus* dice en su obra «(Comentario sobre el 77 Epigrama del XI libro de Marcial)», que ellos «batancaban, hilaban y tejían con esta piedra filamentosa, mantos, manteles y otros objetos por el estilo, los cuales, cuando estaban sucios, bastaba echarlos al fuego para que se limpiasen, en lugar de lavarlos con agua.» Pausanias en *Atticus*, y Plutarco en *De defectu oraculorum*, también aseguran que las torcidas de las lámparas se hacían de esta piedra; pero agrega Plutarco, que en su tiempo ya no se encontraba ninguna piedra

de esa clase. Liceto se inclina á creer que las lámparas perpetuas usadas por los antiguos en los sepulcros, carecían de torcida, y, á la verdad, son muy pocas las que se han encontrado. Luis Vives opina de distinto modo y afirma haber visto un buen número de ellas.

Liceto, por otra parte, está firmemente persuadido de que «un pábulo para fuego ó combustible puede ser de una naturaleza tan igual que no puede ser consumido más que después de un largo transcurso de tiempo; de tal modo, que ni la materia se exhale, antes al contrario, resista perfectamente al fuego, ni el fuego consuma la materia, sino que la constriña como una cadena, para que no se desvanezca.» Sir Thomas Brown (*Errores vulgares*, pág. 124), hablando de lámparas que han ardido muchos centenares de años metidas en pequeñísimos recintos, hace observar que «esto es debido á la pureza del aceite, el cual no emite ninguna exhalación fuliginosa que pueda sofocar el fuego; porque si el aire hubiese alimentado la llama, no hubiese durado muchos minutos, porque en este caso el aire indudablemente hubiera sido gastado y consumido por el fuego.» Pero añade el referido autor: «¿se ha perdido el arte de preparar este aceite inconsumible?»

No se ha perdido por completo; y el tiempo lo probará, aunque todo lo que escribimos ahora estuviese condenado á desaparecer, como tantas otras verdades. . . . .
. . . .

H. P. Blavatsky.

BIBLIOGRAFÍA

A. Thomas Pires.—*Cantos populares portugueses.*—Recogidos de la tradición oral. Elvas, 1902.

Sobre todo cuanto pudiéramos decir en alabanza de una obra como la del ilustre *folk-lorista* portugués, está el dato de que su colección de canciones populares es el fruto de quince años de labor constante y sabiamente realizada por quien, con razón, ha sido reputado como uno de los más preclaros y concienzudos investigadores del Portugal contemporáneo.

Los diez mil cantos populares que forman el volumen del Sr. Pires han

sido recogidos directamente de boca del pueblo y no de documentos anteriores, habiendo tenido el colector muy buen cuidado de indicar la procedencia de cada uno de ellos.

Y para que nuestros lectores puedan hacerse cargo de la importancia especialísima que el trabajo del Sr. Pires tiene, he aquí el plan de su obra por el que puede juzgarse del carácter de las diversas secciones de cantos que en ella se contienen:

I

LO SOBRENATURAL

1) Religión cristiana

a) *Dios.*
b) *Jesús, Cristo y la Virgen María.*
c) *Serafines, arcángeles y ángeles.*
d) *Santos.*
e) *Sentimientos religiosos.*
f) *Diablo.*

2) Vestigios de algunas creencias pre-cristianas no fundidas en el cristianismo.

a) *Sirenas.*
b) *Hechiceras.*
c) *Amuletos.*
d) *Supersticiones varias.*

II

LA NATURALEZA

a) *Los astros.*
b) *Fuego, luz y sombra.*
c) *La atmósfera.*
d) *El agua.*
e) *La tierra.*
f) *Las piedras.*
g) *Los metales.*

Esto es lo que constituye el volumen primero de la obra del Sr. Pires. El segundo, aún no publicado, y los sucesivos serán tanto ó más interesantes, toda vez que en ellos se encuentran las canciones referentes, entre otras cosas, al *concepto popular de Cupido, de Salomón,* idea *de los colores, Cantigas numerativas* y otros no menos curiosos con los que el ilustre folk-lorista portugués coronará su importante trabajo. Y con esta obra, una vez más puede la literatura popular portuguesa enorgullecerse por contar entre sus investigadores á quien, después de tan excelentes trabajos como el titulado *Dichos referentes á los meses, comparados con otros similares de varios países románicos,* aún consagra á ella sus valiosas energías.

Imp. y Lit. de J. Palacios. Arenal, 27.—Madrid